a dar continuas acciones de gracias a la soberana Bondad. Como ya nos lo indicaron, han fijado el precio de los libros en siete sueldos; y habiéndose distribuido toda la primera edición en menos de nada, están ya con la segunda, y no creo será la última.

Pero es necesario que se haga todo pausada y suavemente, aunque con energía y diligencia, conforme nos vaya proporcio-

---

cumplir. Esté persuadida de que daría gustoso toda mi sangre por dar a conocer a mi amable Salvador, que con tanta profusión me colma de sus mayores gracias, aunque soy el más infiel de todos sus siervos.

»Pedidle instantemente por mí que ya que me da tan ardiente deseo de amarle, me conceda su amor. Es preciso que sea todo fuego divino, todo amor; y entonces podré abrasar a los demás. En verdad, no sé si me engaño, pero me parece que Dios me ha destinado principalmente para amarle, y para vivir y morir de su puro amor. Todo lo demás por grande que sea no ha de ser sino consecuencia de eso; y creo que Dios quiere que el distintivo de mi carácter sea su amor. El deseo de amarle me abrasa, pero aún no puedo decir que le amo, viendo mis imperfecciones. No tengo humildad y es la virtud que más necesito para conseguir ese amor divino. Por mucho que yo haga, es un don de Dios esa perfecta y sincera humildad tal cual veo que debiera tenerla y que comprendo bien que no tengo. Le ruego que redoble sus oraciones por mí, y haga algo para alcanzarme esta importante virtud. Dígale a mi amable Jesús, y suplíquele que termine en mí cuanto antes su obra, en la cual ha trabajado este año más aún que todos los demás, aunque he correspondido muy mal.

»En cuanto a mi voluntad, me parece que está por completo trocada en la de Dios; las criaturas no tienen ya para mí casi ningún atractivo, y hasta estoy como insensible para todo lo que no es Dios. Amar y amar constantemente a mi Dios, sólo para amarle siempre, esta es la disposición en que me pone. Todo lo demás no es nada para mí. Las penas, las cruces, la continua mortificación, son inseparables de este estado; pero bien sabéis que en todo esto no hay nada que sea duro, sino el nombre, cuando se sufre porque se ama. No hacer nunca más que lo que agrada a Dios, no amar sino a Dios, no vivir más que para amarle y hacer lo que le agrada, ésta es la disposición en que me pone con bastante frecuencia por su infinita misericordia, y de la que yo me salgo pronto por mis imperfecciones e infidelidades. Necesito esa profunda humildad y sencilla mirada hacia Dios y olvido de todo lo que no es Dios. Estas son las gracias que no poseo y que me son absolutamente necesarias. Le digo todo esto en confianza, porque estando persuadido de que toma alguna parte en las misericordias que Dios me hace y quiere hacerme, redoblará sus oraciones para alcanzar lo que no tengo.

»Me abandono enteramente a su providencia sin ocuparme más que en amarle. No sé si me ordenaré de sacerdote en el mes de Septiembre próximo; si no, será dentro de pocos meses. Es lo único que deseo en este mundo. Ya os avisaré. Escribidme con algo más de frecuencia, si tal es la voluntad de Dios. Aunque esta carta sea ya en extremo larga voy a añadir el designio que tengo, para saber vuestro parecer...».

nando medios adecuados. Porque, en fin, mi querida Madre, es preciso proseguir la obra de Dios, sin desistir, sin cansarnos, sean los que quieran los obstáculos y contradicciones, porque El es harto fuerte y poderoso para vencerlos, y confundir a sus enemigos. Este divino Corazón es todo dulzura, humildad y paciencia; por eso hay que esperar; El hará cada cosa a su tiempo. Díganos su parecer sobre los libros. Persuádase, mi querida Madre, de que nada aumenta tanto el afecto de gratitud que debo a todas sus bondades, como el ardiente celo que tiene por dar a conocer, y hacer que sea amado y honrado el divino Corazón de nuestro Buen Maestro; confío que él será su recompensa. En su amor soy toda suya,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

CARTA CV

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Le participa, henchida de gozo, los obsequios hechos por sus dos hermanos carnales al amante Corazón. "No os podéis imaginar el cambio que ha obrado el Sagrado Corazón en esa familia".

¡Viva † Jesús!

[Después del 12 de Agosto de 1689.]

Mi queridísima Madre:

La lectura de la suya del 19 de Julio me ha causado inexplicables transportes de gozo, viendo que no deja de practicar cosa alguna que pueda contentar al divino Corazón en los deseos que le manifiesta, y aun en las cosas para las cuales ya no ve, al indicárselas, modo alguno como pudiesen llevarse a efecto.

Sí, mi queridísima Madre; mi hermano el seglar es quien ha mandado edificar la Capilla de que os he hablado, en Bois-Sainte-Marie; y ha encargado un cuadro como el nuestro para colocarlo en ella. Y mi hermano el Sacerdote va a fundar en ella una Misa perpetua todos los viernes del año, y cantada

solemnemente los primeros viernes de cada mes. Le digo esto en respuesta a la pregunta que me ha hecho, y para que bendiga al Sagrado Corazón que les ha inspirado lo hagan. Pues yo no les había hablado de ello, no obstante el deseo que tenía de hacerlo, prefiriendo que saliese de ellos mismos. Y no se puede imaginar el cambio que ha obrado el Divino Corazón en esa familia; me han asegurado que estarían todos dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por defender y acrecentar esta devoción.

Soy toda suya en el Sagrado Corazón.

CARTA CVI

A LA HERMANA FELICIA MAGDALENA DE LA BARGE, MOULINS

Hay que proseguir hasta el fin, sin cansarnos ni desalentarnos. "Me compadezco de mí y me causo horror a mí misma". "Busquemos a este único y puro amor de nuestras almas en el de nuestra propia abyección". Manjares deliciosos al paladar del Salvador. "Manantial inagotable, del cual cuanto más se saca, más hay por sacar". Jubilosas noticias acerca del apostolado del P. Croiset con los libros. "El divino Corazón reinará a pesar de Satanás".

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
21 de Agosto de 1689.

Si mi carta le ha proporcionado mucho trabajo, la suya, mi amadísima Hermana, me ha proporcionado a mí gran consuelo, y me ha dado motivo de bendecir al soberano Maestro que le ha hecho tomar tan buen camino para conseguirlo con su gracia. Espero que no se la ha de rehusar para esto. Tanto más cuanto que la suya me ha confirmado en la creencia de que El mismo es quien le da ese quehacer, y no yo, que no valgo para otra cosa más que para echarlo todo a perder. Mas no debemos detenernos ahí, pues la obra no está aún concluida; es necesario proseguirla hasta el fin, sin cansarnos ni desalentarnos, por mucha fatiga que nos proporcione este trabajo, puesto que es para gloria de Dios y santificación de su alma. El sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro hace sea siempre muy

amada de la mía, asegurándole sin cumplimiento que la amo sinceramente en el mismo, fuera del cual todo lo demás es nada.

Se queja, querida amiga, de que no le hablo bastante confidencialmente. Está en esto muy equivocada, pues hasta creía excederme en este punto; y si no lo hago no es por falta de buena voluntad. Pero hablándole francamente, le diré que en esto no hago lo que quiero, puesto que mi adorable Maestro, por el exceso de su misericordiosa bondad, me tiene anonadada en mi espíritu a vista de una tierra enteramente estéril y pobre de todo bien espiritual, que me compadezco de mí y me causo horror a mí misma y no acabo de admirarme, no solamente de que se dignen dar algún crédito a lo que pueda decir una criatura tan perversa, sino de que haya quien de ella se acuerde.

Cáusame esto viva pena al tener que contestar por obediencia a lo que nos escriben; muchas veces lo hago sin pensar ni fijarme en lo que digo, que a veces es más de lo que quisiera; y esto produce en mí suma confusión por el temor que tengo de engañar a las criaturas que con frecuencia alaban lo que Dios condena y desecha. Pida a su bondad infinita que no sea yo de este número, y que me sepulte en un eterno desprecio y olvido de todas las criaturas, pues en eso encuentro gran placer. ¡Pero cúmplase la voluntad de Dios, y no la mía!

Volviendo a V. C. le diré que está muy obligada al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo porque la atrae a Sí por un camino tan seguro como es el del humilde abatimiento de sí misma. Persevere constante en esta senda, carísima Hermana, sin temor ni curiosidad, y no quiera buscar ni saber nada más que lo fuere conveniente para caminar por ella y asegurarse tan sólidamente en este camino, que jamás se pueda desviar ni abandonarlo. Sírvase para esto de los medios que Nuestro Señor le ofrece, aprovechando animosamente todas las ocasiones, porque Dios sólo se complace en las almas abatidas, las cuales viven en El, y en El lo encuentran todo, cuando no se ocupan de sí mismas.

En fin, busquemos este único y puro amor de nuestras almas en el de nuestra propia abyección. Es ésta tan preciosa a los ojos de Nuestro Soberano Maestro, que si los hombres la

conociesen no perderían ocasión ninguna de practicarla, por dura que pareciese a la naturaleza, a la cual asusta todo lo que la humilla. Y por tanto, a pesar de sus repugnancias, es necesario regalar con frecuencia al adorable Corazón de Jesús con estos manjares deliciosos a su paladar. Quiero decir, las preciosas humillaciones, desprecios y abyecciones, con los que alimenta aquí abajo a sus más fieles amigos.

No hay que buscar las ocasiones, pero sí aprovecharnos bien de las que El nos ofrece. Sea cual fuere el medio de que para el caso se sirva, es indudable que salen siempre de su amabilísimo Corazón que nos las envía por el ardiente deseo que tiene de unirnos a Sí por este medio tan seguro y tan rápido. Apliquémonos, pues, a ello seriamente, pero sin turbación, ni apresuramiento. Hay que amar a este Soberano Bien, y olvidarnos de nosotras mismas, y así todo irá bien; pero esto quiere decir mucho.

Y en cuanto a lo demás, dígame ¿por qué quiere hacerme siempre nuevos beneficios? ¿No sabe que soy una pobretona que en cambio no le da más que un expresivo *gracias*? Tenga cuidado, no vaya a ser que nuestro Soberano Maestro la reprenda por haberme enriquecido demasiado, porque me dice siempre que conserve lo que me da por amor a V. C., y así lo hago, pues aún tengo la estampita, y ahora el rosario, que le agradezco de todo corazón. Bien quisiera éste poder de hecho manifestaros la inmensa gratitud que siente por todas sus bondades y generosidades, que me confunden. Pero suplico al Sagrado Corazón de nuestro adorable Jesús, que es mi único tesoro, la recompense con la abundancia de su puro amor, que es el manantial inagotable, del cual cuanto más se saca, más hay que sacar. Decida, mi querida amiga, ¿no es toda de este divino Corazón, y no siente gran consuelo al ver cómo se extiende su reino? ¡Oh!, estoy bien cierta de que sí. Ahora tengo que contarle un hecho que ha servido para su gloria, y os dará motivo para bendecirle.

Y es que di a una persona de Lyon uno de los libros de Dijon. Dicha persona se lo mostró a un Padre joven (*el P. Croiset*) que a su vez se lo enseñó a sus jóvenes discípulos de Lyon, a quienes gustó de tal modo que sacaron gran número de copias, así de las letanías, como de las oraciones, que rezan con mu-

cha devoción. Después aquellos niños se las enseñaron a otros, y todos sintieron tanta devoción, que como no daban abasto para sacar copias, se dirigieron a la persona que tenía el libro, rogándola que les diese algún conocimiento de la devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, porque querían hacer imprimir aquellos libros, ofreciéndose a porfía a pagar los gastos. Y un joven artesano tuvo en ello tanto empeño, que no hubo más remedio que condescender con su devoción.

Dirigióse al efecto a uno de los más afamados libreros de Lyon, el cual sintió tan fervoroso afecto a este divino Corazón, que movido de devoción se ofreció en el acto a hacer los gastos por su cuenta. Esto dio lugar a que se entablara una piadosa contienda entre el joven que quería llevar a cabo aquella empresa, y el. Habiendo al fin ganado éste la causa, pidió el libro del Sagrado Corazón, y se fue a buscar a uno de sus amigos para que le añadiera alguna cosa, instándole tanto a hacerlo que éste no pudo resistir; y quien ha hecho esta edición es un religioso muy santo (*el mismo P. Croiset*). Y de nuevo han hecho imprimir algunos que son muy hermosos y están muy bien encuadernados; y la venta ha sido tan abundante, que habiéndolos impreso por segunda vez después del 19 de Junio, ya no queda ninguno, y van a imprimirlo por tercera vez. En el amor de ese divino Corazón soy toda suya,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

En fin, mi querida amiga, espero que el divino Corazón reinará, a pesar de Satanás y de cuantos se opongan. La invito a que haga en El su retiro durante este tiempo en que vamos a entrar. Espero verla allí, y conversar con V. C. a mí gusto, porque su amor me une siempre más y más fuertemente a V. C.; la suplico que presente mis humildes respetos a su respetable Hermana «Depuesta», a quien estimo y amo siempre muy sinceramente en el Corazón de nuestro buen Maestro.

CARTA CVII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

La Santa reitera de un modo más explícito lo que había escrito a la misma Madre Saumaise, en junio de este mismo año (Carta 100) respecto a los amorosos designios del Divino Corazón con respecto a Francia y a su rey Luis XIV. Le propone emplear la mediación del confesor del Rey. Misión de los PP. Jesuitas respecto a la preciosísima devoción. Ella es un mero instrumento del Divino Corazón. Cómo hemos de trabajar por su gloria.

¡Viva † Jesús!

28 de Agosto de 1689.

El Padre eterno, queriendo reparar las amarguras y angustias que el adorable Corazón de su Divino Hijo sintió en las casas de los príncipes de la tierra, en medio de las humillaciones y ultrajes de su Pasión, quiere establecer su imperio en la corte de nuestro gran monarca, de quien desea servirse para la ejecución de este designio que tendrá lugar del modo siguiente: debe levantar un edificio donde se coloque el cuadro de este divino Corozón para recibir en él la consagración y homenaje del rey y de toda la corte. Además, este divino Corazón quiere ser protector y defensor de su sagrada persona, contra todos sus enemigos visibles e invisibles, de los cuales quiere defenderle, y asegurar su salvación por este medio; por lo cual le ha escogido como su fiel amigo para que consiga autorización de la Santa Sede apostólica para que se pueda decir la misa en su honor, y obtenga al mismo tiempo los otros privilegios que han de acompañar a esta devoción del Sagrado Corazón.

Por medio de ella quiere concederle a él los tesoros de sus gracias de santificación y de salvación, derramando abundantemente sus bendiciones sobre todas sus empresas, que hará prosperar para gloria suya, dando feliz éxito a sus ejércitos, y victoria contra la malicia de sus enemigos. Dichoso, pues, de él si se aficiona a esta devoción, que le conseguirá un reino eterno de honor y de gloria en este Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. El cuidará de elevarle y hacerle grande en el cielo ante Dios su Padre, a medida que este gran monarca se ocupe en reparar ante los hombres los oprobios y abatimientos que el divino Corazón sufrió; lo cual hará tributándole por

sí, y procurándole de los otros, la honra, amor y gloria que de él espera.

Pero como Dios ha escogido al Reverendo Padre de la Chaise para la ejecución de este designio, por el ascendiente que le ha dado sobre el corazón de nuestro gran Rey, ha de ser él quien lleve a cabo la empresa, procurando esta gloria al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, secundando de este modo el ardiente deseo que tiene de darse a conocer y manifestarse a los hombres, para que le amen y le tributen particular culto y homenaje.

Así, pues, si su bondad inspira a este gran siervo de su divina Majestad que emplee el poder que le ha dado para procurarle el contento que tan ardientemente desea, puede estar seguro de que jamás habrá hecho acción más útil a la gloria de Dios, más provechosa para su alma, ni de la cual reciba mayor recompensa, él y toda su santa Congregación (*la Compañía de Jesús*). (Con esto conseguirá ser honor y gloria de la misma) por los grandes tesoros de gracia y bendiciones que este Sagrado Corazón derramará sobre ella.

Porque, si quiso comunicarse primero a las Hijas de la Visitación, a las cuales fue dado manifestarle y darle a conocer por medio del establecimiento de esta misma devoción a ese Corazón amabilísimo, quiere que los RR. PP. Jesuitas manifiesten al mundo el provecho y valor de la misma, cosa que a ellos ha reservado particularmente (52).

Por lo cual, si se encuentra con algunos de buena voluntad, procure que se ocupen en esto, pues por este medio se logrará la cosa más facílmente, aunque al presente parezca difícil, así por los obstáculos que opondrá Satanás, como por las demás dificultades. Pero Dios está por encima de todo, y no pocas veces le place servirse de las cosas más pequeñas y despreciables para llevar a cabo grandes designios, tanto para cegar el entendimiento y confundir los vanos juicios de los hombres, como para manifestar que su poder puede todo lo que quiere, aunque no lo haga siempre. Pero no quiere violentar el corazón del hombre, para que, dejándole su libertad, pueda más justamente recompensarle o castigarle.

Me parece, mi querida Madre, que será cosa muy agradable

---

(52) Véase la nota 2.ª de la carta 141.

a este divino Corazón, servirse del medio que le ha inspirado, de escribir a mi respetable hermana, la Superiora de Chaillot respecto al proyecto que V. C. nos indica. Por lo demás, es preciso rogar por esta intención, y pedir oraciones. Creo que sería bueno le enviase uno de los libritos de Moulins, y otro de los suyos.

Esto es lo que puedo decirle por ahora, pues no tengo en ello más conocimiento que ese que me ha dado a mí, pobre pecadora, indigna esclava y víctima del adorable Corazón de mi Salvador, que se sirve de una persona más bien propia para echar a perder esta obra que para llevar a cabo tan hermoso proyecto. Pero permítelo así para que se tribute toda la gloria al Soberano Dueño, y no al instrumento de que se sirve, que es como el barro de que se sirvió este divino Salvador para ponerlo en los ojos del ciego de nacimiento.

Siga, pues, animosamente las inspiraciones que El le comunique; pues yo por mí misma no puedo añadir nada, ni buscar arreglo alguno a esto que le digo por obediencia, y de parte del Sagrado Corazón que quiere le manifieste con toda sencillez lo que El quiere que diga; y si de otro modo lo hiciese, inutilizaría El cuanto yo pudiera decir, retirando de ello su gracia. Además hace que me vuelva tan ignorante que no puedo añadir nada. Supla V. C. esta ignorancia mía, y quedémonos en paz, cualquiera que sea el resultado de nuestros trabajos. Le pido con todo mi corazón que bendiga sus santas empresas, y le dé ánimos para vencer generosamente todas las dificultades. ¿Cuán dichosas seríamos, mi querida Madre, si pudiéramos sacrificar nuestras vidas por ello! (53). Amén.

D. S. B.

---

(53) La iniciativa de la Santa no dio resultado, ya fuera porque la Superiora de Chaillot lo dejara pasar, ya porque el P. de la Chaise, confesor de Su Majestad, no juzgase el momento oportuno para hablar de ello a Luis XIV, o bien porque el mismo príncipe no hiciera caso de semejante mensaje divino.

CARTA CVIII

A LA HERMANA JUANA MAGDALENA JOLY, DIJON

¿Qué hacer "cuando nuestras empresas no se logran?" Cuál es el único consuelo de la Santa. Consoladores progresos de la devoción. Dicha inmensa de trabajar en esta nobilísima empresa. "Quiere establecer su imperio por la dulzura y suavidad de su amor". Qué es lo que forma las delicias del amante Corazón. Bajísimo sentimiento de sí misma.

¡Viva † Jesús!

28 de Agosto de 1689.

Es cierto, mi queridísima hermana, que la suya que acabo de recibir en presencia del Santísimo Sacramento, me confirma aún más en que es del número de los verdaderos amigos del Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, así por la humildad que practica conmigo, que soy la más indigna de sus esclavas, como por el ardiente celo que manifiesta tener por el progreso de su gloria, por la cual se ha olvidado de sí misma. ¡Ah!, dichoso olvido que le procurará un eterno recuerdo de ese amable Corazón, el cual espero que no se olvidará de V. C. ni de lo que por El hace.

No se canse, pues, mas considere como una gran dicha el que se aumente su trabajo, y le proporcione algunas cruces de humillación y mortificación. Estas son las verdaderas señales que a El le agradan y en medio de las cuales debemos rendirle nuestras acciones de gracias, así por el mal éxito como por el bueno, quedando contentas y sumisas a su beneplácito, cuando nuestras empresas no se logren, y parezcan inútiles todos nuestros deseos. El se complace en nuestra sumisión y conformidad a su santísima voluntad, como en lo demás que pudiéramos hacer, porque bien sabe El quiénes son las personas que ha destinado particularmente para el establecimiento de su reino, en cuyo número creo está V. C. Y en vano podrían mezclarse otras con ello, pues, si no derrama sobre ellas la unción de su gracia, nada lograrán.

Confieso que tengo el corazón enteramente insensible a cualquier linaje de gozo y consuelo que no sea el que se refiere al progreso de la gloria de este divino Corazón, que a veces me lo

hace sentir con tanto exceso, que sería difícil explicarlo. El que tuve con lo que me dice fue muy grande, y mayor todavía el que me dio la fausta noticia de ese buen Padre capuchino que se ocupa en esto con tanto afecto. Porque se complace mucho en los servicios que le prestan los pequeños y humildes de corazón, y derrama grandes bendiciones sobre sus trabajos.

Espero que con el tiempo se realice lo que me dice; pero es preciso esperar con paciencia el auxilio de este Sagrado Corazón, porque su gracia va obrando suave, fuerte y pausadamente. Quiere, sin embargo, que seamos fieles y prontas en seguir sus luces, y estemos prontas a hacerlo, pero sin excesivo apresuramiento. ¡Ah!, mi querida hermana, cuán obligadas estamos a este divino Corazón, porque se digna servirse de nosotras para la ejecución de sus designios, pues tiene reservados tesoros de gracias para todos los que se empleen en ello, según los medios que El les dé. No puede figurarse cuántas bendiciones derrama esta santa devoción. [Ha habido algunos curas de aldea que la han establecido en sus parroquias, en cuanto han tenido conocimiento de ella; y hasta personas de mucha piedad y doctrina, después de haberse opuesto vivamente, ahora la predican en público, y enseñan que no hay nada más saludable ni más santo.]

De un hecho muy singular puede enterarse por la carta que enviamos a nuestra hermana Saumaise con un libro recientemente impreso que nos han regalado; y ha sido para mí una satisfacción desprenderme de él en su favor, y lo haría asimismo en favor suyo si tuviera más; espero podérselo mandar más tarde. Creo la moverá a bendecir al Señor en adelante, porque me parece, si no me engaño, que el que lo ha compuesto no se contentará con eso. ¡Quiera Dios que sea verdad! Todo su libro está contenido en el principio, y le puedo asegurar que quien lo ha compuesto es una persona muy santa. En fin, querría deshacerme de gratitud por todos estos dichosos comienzos que van progresando tanto. En esto consiste todo mi gozo y consuelo, todos mis intereses y aspiraciones. Me parece estar insensible a lo demás. Pero me insta tan vivamente a amarle y a hacerle amar, que aun cuando fuera necesario para conseguirlo sufrir todos los trabajos, penas y dolores, serían para mí delicias, sufriéndolos por esta causa; y no hay sufrimiento

alguno al que yo no me ofreciese con gusto. Aceptaría hasta las mismas penas del infierno, con tal de hacerle reinar, puesto que El manifiesta tan gran deseo de derramar abundantemente el tesoro de sus gracias santificantes y de salvación sobre las almas, de las que tantas se pierden. Pero su bondad, a pesar de los artificios de Satanás, sacará a muchas del camino de perdición.

Debe, pues, considerar como dicha muy grande emplearse en obra tan santa. No tema olvidarse de sí misma para ocuparse en ella, pues ese olvido de todo interés propio es la verdadera disposición que pide de los que se emplean en esto.

No la olvidará en medio de su trabajo. La mira complacido, y se dedica a purificarla y santificarla para unirla perfectamente a El mientras se ocupa en glorificarle. La ama y V. C. no debe dejar de hacer cosa alguna que dependa de V. C. para corresponderle.

No se queje de mi silencio, puesto que no procede de olvido, ni de indiferencia, sino del ardiente deseo que siempre he tenido de vivir pobre y desconocida de todas las criaturas. Deseo no se acuerden de esta miserable pecadora más que para despreciarla y humillarla; así para que me den lo que a mí se me debe, como para abismarme en mi nada por el amor a mi abyección, que debería amar en todo. Y más que nada por el dulce pensamiento de que este amable Corazón no ha encontrado criatura más miserable, ruin e indigna que yo para ejercitar en ella sus misericordias y darme parte en esta obra que ha de procurarle tanta gloria con la esperanza de que El tendrá cuidado de proporcionar todos los medios y auxilios necesarios.

Y cuando Satanás suscitaba oposiciones y contradicciones, que al principio han sido mayores de lo que pudiera decirle, su bondad me levantaba el ánimo con aquella amorosa palabra que infundía en mí una confianza y seguridad inquebrantables: *¿Qué temes? Reinaré a pesar de Satanás y de todo lo que a ello se oponga.*

¡Ay de mí, mi querida hermana, cuánta razón tengo para temer que por mis ingratitudes e infidelidades no sea yo un obstáculo al establecimiento de su reino! Y esto me hace desear mil veces la muerte y ser exterminada de la tierra antes que ponerle el menor impedimento. Pero estoy convencida de que

quiere establecer su imperio por la dulzura y suavidad de su amor, y no por los rigores de su justicia. Por lo cual, no queriendo que me pierda, me une él mismo al bien espiritual, por medio de su puro amor, y a sus más fieles amigos, a fin de que reparen con su amor las infidelidades que yo cometo en su santo servicio. Si estas santas almas conocieran todo lo perversa que soy, jamás consentirían en esta unión, por temor de que yo les atrajese la indignación del Sagrado Corazón, sin el cual la vida me sería un tormento insoportable.

Es preciso, pues, amarle con todas nuestras fuerzas y potencias, cueste lo que cueste. ¡Qué felices seríamos si nos juzgase dignas de sufrir algo por su amor! En El deseo se abrase su corazón hasta que del todo se transforme en El, para no formar los dos sino una misma cosa con El. El solo conoce cuán amada ha hecho que sea su alma de la mía, la cual no la olvida en su santa presencia, como tampoco todas esas santas empresas que acomete por su gloria. [Esta es la principal intención que tengo en todas mis oraciones.

Me parece que el amor que tiene a este divino Corazón, debe hacer que se interese un poco en pedirle que me consuma en sus más vivas llamas, para que aprenda a amarle. Porque, ¡ay!, tengo vergüenza de decir que le amo, puesto que no sufro nada, o al menos tan poco, que esto me sirve de duro martirio y de tormento; porque querer amar a Dios, sin sufrir por su amor, no es más que ilusión. Tampoco puedo comprender que alguien diga que sufre si ama verdaderamente al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, puesto que El trueca en dulzura las amarguras más amargas, y da a gustar sus delicias en medio de las mayores penas y humillaciones. Pero dígame, mi querida hermana, si el sólo deseo de amar ardientemente al Sagrado Corazón pruduce este efecto, ¿cuáles serán los que produzca en los corazones que le amen verdaderamente, y cuyo mayor sufrimiento es no sufrir bastante, o mejor dicho, no amar bastante? Creo en verdad que todo puede trocarse en amor, y que un alma que una vez se abrasa en ese fuego sagrado, no tiene ya más ejercicio ni ocupación que amar sufriendo.]

Amemos, pues, a este Sagrado Corazón en la cruz, puesto que lo que forma sus delicias es encontrar en un corazón amor, sufrimiento y silencio.

Espero que este borrador hará que no se queje de mi silencio. Ha encontrado el secreto de obligarme a interrumpirlo hablándome del amable Corazón de Nuestro buen Maestro, para el cual el mío miserable no puede tener límites ni medida. Pero ¡ay de mí! esto es sólo en palabras que no tienen efecto. Ruéguele, pues, que no se canse de mí. Me consuela en extremo saber que su respetable Madre y toda vuestra santa comunidad se interesan siempre vivamente por la gloria de este divino Corazón. Le suplico que en cambio la enriquezca con los más preciosos tesoros de sus gracias y bendiciones, derramándolos sobre todas en general, y sobre cada una en particular.

Nuestra queridísima Madre nos ha concedido fácilmente licencia para ofrecer una comunión general por vuestro confesor, el cual tiene parte en todas las mías, conforme a nuestra promesa. Espero yo un recuerdo en sus santos sacrificios. Creo que hará conmigo este acto de caridad, y que tiene mucho poder con el Sagrado Corazón, en cuyo amor soy, etc.

D. S. B.

Carta CIX

A LA MADRE M. F. DUBUYSSON, MOULINS

Le manifiesta sus afectuosos sentimientos. "Lo quiere todo de los que ama". ¿Cómo gozar de una paz inalterable? Rápidos progresos del nuevo culto en Lyon, en Marsella y en las Casas de formación de los Hijos de la Compañía de Jesús. Estupenda humildad de Margarita.

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray.
22 de Octubre de 1689.

Bendigo mil veces al Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro, mi respetable y queridísima Madre, por haber inspirado a su corazón que consuele al mío con una de sus muy queridas cartas. Porque le confieso que sentía casi la misma pena que V. C. dice pues Nuestro Señor me quiso mortificar no solamente con que no hubiera recibido la que tuve el honor de escribirle, sino también no recibiendo yo las, suyas, ni una pala-

bra que me dejase confiar en no tener que volver a importunarla.

Pero, puesto que su bondad me invita a hacerlo, ruego a Dios que todo sea para su mayor gloria, y que le dé a conocer que lo buenos sentimientos que me da de V. C. y su querida comunidad están muy lejos de los que su humildad le ha hecho creer que tengo, puesto que la miro como a objeto de las complacencias del amable Corazón de nuestro buen Maestro, y a V. C. en particular, mi única Madre, como a una de sus más fieles amigas. Y los afectos de amor y de celo para con El, que El mismo le comunica, son señales que me confirman aún más en este pensamiento.

¡Ah, qué gracia tan grande, mi querida Madre! Hágala valer conforme a los designios del Sagrado Corazón; continúe rindiéndole y procurándole siempre todo el honor, el amor y la gloria que pueda, porque no puedo dejar de creer que está en el número de sus predilectas. Pero lo quiere todo de los que ama; es decir, quiere perfecta conformidad de vida a sus santas máximas, completo anonadamiento y olvido de nosotros mismos, abandonándonos con amorosa confianza al cuidado de su providencia.

¡Dios mío, mi querida Madre, qué gran contento da ser toda suya, hacer en El nuestra morada y establecer en El todo el fundamento de nuestra perfección! Allí gusta el alma un reinado de paz inalterable, mirando todas las vicisitudes y turbaciones de la vida sin conmoverse ni turbarse por esas cosas que pasan como un sueño, y que, sin embargo, nos serán provechosas a medida que las despreciemos, por medio de una entera conformidad al divino beneplácito. No permitiría éste las contradicciones aflictivas que nos sobrevienen, si no tuviese el designio de desprendernos por este medio de las criaturas y de nosotros mismos, para unirnos más íntimamente a El como a nuestro único bien. Amémosle, pues, mi querida Madre, con todas nuestras fuerzas, y démoselo todo a su amor, a fin de que nos consuma y purifique con sus más vivas llamas, en medio de las cuales nos abrasemos eternamente en el horno encendido de ese divino Corazón.

Estando escribiéndole ésta, nos han regalado un libro que trata de El, y en el acto lo he destinado para V. C. con mucho

gusto, pensando que no podía servirme de él más útilmente que en su querida persona, a quien considero como otra yo. Pero nuestra querida Hermana María Ana Cordier, me ha privado de este contento, diciendo que ella le enviaba uno. Por lo cual se lo ofrezco, con vuestro permiso, a nuestra querida Hermana de la Barge, a la cual pensaba enviar el primero que tuviese.

En fin, mi querida Madre, es un consuelo oír los dichosos progresos que hace esta amable devoción. De Lyon nos dicen que es milagroso el fervor y afán con que todos se consagran a ella. Nos han nombrado tres o cuatro ciudades en las cuales van a imprimir esos libros, siendo una de ellas Marsella; y sólo en ese punto han pedido 1.000 ejemplares. De las veintisiete casas religiosas de esa ciudad, no ha habido ninguna que no haya recibido esta devoción con el mayor fervor; unas le han levantado altares, y otras le mandan construir capillas; y en cuanto oyeron hablar de dicha devoción, pidieron con grandes instancias a los predicadores que les hiciesen exhortaciones para explicársela bien. En menos de quince días se esparció de tal modo, que un número increible de personas devotas comulgaban todos los Primeros Viernes. Nos han dicho además que van a establecerla en todas las casas de los Reverendos Padres Jesuitas, los cuales hacen comulgar los Primeros Viernes de mes a los Padres jóvenes que aún no dicen Misa.

He querido decirle una palabrita de estos felices progresos a fin de que bendiga por ello a nuestro soberano Maestro, al cual le suplico pida que me saque de esta vida antes de que sea yo obstáculo a sus grandes designios, como lo soy por mis infidelidades, ingratitudes y resistencias, de que mi vida es un conglomerado. ¡Ay, mi querida Madre!, si le pudiera dar a conocer el estado lastimoso de una vida tan llena de tibieza y de cobardías como la mía, se compadecería y pediría al Divino Corazón, como le suplico lo haga, mi perfecta conversión, y que Dios cumpla perfectamente en mí su santa voluntad y me dé su puro amor. Esto le pido yo también para V. C., de quien soy toda de corazón y de afecto en el amor de este Corazón adorable,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Carta CX

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

Le habla con seráfico acento del amor al amabilísimo Corazón. "Con tal de que El esté contento, esto debe bastarnos". "No existen ya sufrimientos para los que aman ardientemente al Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús". Condiciones que exige la seráfica Virgen para tener amistad a alguna persona. Su prolongada agonía. Afectuosos saludos para varias personas.

¡Viva † Jesús!

[22 de Octubre 1689.]

En fin, querida amiga, es preciso que de una vez nos consumamos sin excepción, ni remisión, en ese horno encendido del Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro, de donde jamás debemos salir. Y después de haber perdido nuestro corruptible corazón en esas divinas llamas del puro amor, debemos tomar otro nuevo que nos haga vivir en adelante una vida renovada, con un corazón nuevo que tenga pensamiento y afectos completamente nuevos, y que produzcan obras nuevas de pureza y fervor en todas nuestras acciones.

Es decir, que no debe haber ya nada nuestro, sino que es preciso que el Divino Corazón de Jesús se sustituya de tal modo en lugar del nuestro, que El solo viva y obre en nosotras y por nosotras; que su voluntad tenga de tal modo anonadada la nuestra, que pueda obrar absolutamente sin resistencia de nuestra parte; y en fin, que sus afectos, sus pensamientos y deseos estén en lugar de los nuestros y sobre todo su amor, que se amará El mismo en nosotras y por nosotras. Y de este modo, siéndonos este amable Corazón todo en todas las cosas, podremos decir con San Pablo, que no vivimos ya, sino que vive El en nosotras.

Creo, querida amiga, que estará en esta disposición al salir de este santo retiro, acabado el cual me parece que ya no debemos respirar más que llamas de puro amor crucificante y por completo sacrificado por una continua inmolación de nosotras mismas al divino beneplácito, a fin de que se cumpla perfectamente en nosotras, contentándonos con amar y dejarle hacer.

Ya sea que nos abata o que nos eleve, que nos consuele o nos aflija, todo debe sernos indiferente. Con tal de que El esté contento, esto debe bastarnos.

Amemos, pues, a este único amor de nuestras almas, puesto que El nos ha amado primero, y nos ama ahora con tanto ardor, que se abrasa continuamente en el Santísimo Sacramento. Y para hacernos santas no es necesario más que amar a este Santo de los Santos. ¿Quién nos impedirá que lo seamos, puesto que tenemos corazones para amar y cuerpos para sufrir? Pero ¡ay! ¿es posible sufrir cuando se ama? No, mi querida amiga; no existen ya sufrimientos para los que aman ardientemente al Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, porque los dolores, las humillaciones, desprecios y contradicciones, y todo lo más amargo a la naturaleza, truécase en amor en ese adorable Corazón, que quiere ser amado únicamente.

Quiere poseerlo todo sin reservas, y quiere hacerlo todo en nosotras, sin que pongamos resistencia por nuestra parte. Entreguémonos, pues, a su poder, confiemos en El, dejémosle hacer, y veremos cómo empleará indefectiblemente todos los obreros necesarios para nuestra perfección; de suerte que se terminará pronto la obra, con tal que no pongamos obstáculos. Porque con frecuencia, por querer hacer demasiado, lo echamos todo a perder, y le obligamos a que nos deje obrar a nosotras mismas, y a que se retire El disgustado con nosotras. ¡Ah, el que le ama de un modo perfecto, no hay miedo de que le resista!

Pero, en fin, mi querida amiga, ¿qué dirá de mí, que le hablo de este modo sin motivo, aunque no sin deseo de que amemos a este único amor de nuestras almas? Porque le confieso que, a pesar de todos los sentimientos del más sincero y verdadero afecto que me ha dado hacia V. C., si demostrase frialdad en amar a este amabilísimo Corazón de mi Jesús, o nuestra amistad pusiese algún obstáculo a su puro amor, o no estuviese fundada y se dirigiese a El le digo que me retiraría tan por completo de V. C., que no tendríamos trato alguno. No dejaría de serle muy ventajoso, siendo yo tan perversa e indigna pecadora. Y no obstante, no la amo, sino porque la ama este Divino Corazón, y me parece desea que la ame yo. Porque sólo su puro amor nos hace obrar todo lo que le place; y sólo el perfecto amor nos hace obrar del modo que le place; y sólo

también el perfecto amor puede hacer que hagamos todas las cosas cuando le place.

Pero, Dios mío, mi querida Hermana, me parece que mi lengua se ha colocado en los puntos de la pluma al llegar el momento de escribirle, porque habiendo perdido la palabra en Ejercicios —hace como unas tres semanas que no hablo—, con gran contento de mi alma, que ama a la vuestra ilimitadamente en el amable Corazón de mi Salvador. Le suplico que acepte uno de los libros de Lyon, que tratan de El, y que le ofrecemos en el mismo momento de recibirlo.

Me había propuesto no escribirle más que una palabrita para enviárselo, y, sin embargo, vea cómo se desahoga mi corazón en el suyo, que deseo esté siempre abrasado con las llamas del puro amor. Formo el mismo deseo para nuestra respetable y amabilísima Hermana «Depuesta», a quien amo y estimo siempre de un modo singular en el Sagrado Corazón de nuestro Divino Maestro, en cuya presencia no la olvido. Le suplico que la abrace en mi nombre, y mi contento sería completo si tuviera un libro que ofrecerla. Os ruego que asegure también a nuestra querida Hermana Morant mi sincero afecto y perfecta amistad en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Salvador, y deseo que se abrase ella también en las llamas del Divino Amor, en el que soy toda suya,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Y que le baste con esto, mi querida amiga, para el resto del año.

Carta CXI

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Le pide humildemente consejo acerca de cierta correspondencia. Se consuela por los progresos oficiales del nuevo culto. Cada vez más hambrienta y cada vez más disgustada. De quiénes se servirá el Divino Corazón para establecer su Reinado.

¡Viva † Jesús!

[3 Noviembre 1689, o más bien, fin de Octubre.]

Como no había dejado de hablar de la Misa del Sagrado Corazón conforme a su deseo, mi querida Madre, con ese santo

religioso que es quien ha compuesto el libro de Lyon (*P. Croiset*), esperaba su respuesta para enviársela y que le sirviera de consuelo. La recibirá adjunta, aunque no dice nada referente a eso. Tenga la bondad de devolvérnosla, y decirme si debo hablarle tan abiertamente como desea. Ya conoce cuanto trabajo me cuesta hacerlo. Me siento instada a pedirle su parecer, y seguirlo.

Me ha vuelto a escribir otra después de la que le envío, en la que me dice que nuestra Hermana, la Superiora de Marsella le ha escrito una extensa carta en nombre de su Comunidad, referente a la devoción del Sagrado Corazón. Debo confesarle que hace ya algún tiempo que me siento apremiada a tratarla, porque el Divino Corazón me ha dado a conocer que lo deseaba El, y que sería para gloria suya, siendo de utilidad para esta amable devoción. Dígame, le ruego, si V. C. lo aprueba. Temo siempre equivocarme, y engañar a los demás. Por tanto, espero su respuesta lo más pronto posible, y que me comunique lo que piensa de todo esto.

Le agradezco la bondad que ha tenido conmigo, enviándome esa segunda aprobación (*del librito de la Hermana Joly, y de la Misa del Sagrado Corazón que contiene*). Su celo para la gloria del Sagrado Corazón me consuela más de lo que pudiera decir. No se perderán sus trabajos. Jamás se vio fervor como el que esta santa devoción derrama en los corazones. ¡Sea eternamente bendito!

No he olvidado en la soledad (*de los ejercicios*) durante los cuales nuestro soberano Maestro me ha dado sus gracias con más abundancia y profusión que nunca, no cansándose de hacer beneficios a esta ingrata. Le diré que he salido de este retiro [tan flaca, que he pasado cerca de tres semanas] sin poder hablar. No me afligía absolutamente nada, pues de este modo tenía más tiempo para conversar con el único amor de mi alma, la cual está siempre hambrienta de su puro amor, y en consecuencia, más disgustada de las criaturas. ¡Oh, mi querida Madre!, es preciso amarle con todas nuestras fuerzas, cueste lo que cueste. Debemos trabajar con mayor fervor en nuestra santificación. Puesto que El es santo, tenemos que ser santas. Y si para esto sólo es necesario amar, abrasémonos sin cesar en el horno encendido de su puro amor, que nos purificará y santifi-

cará al mismo tiempo para que podamos corresponder a sus deseos.

Debo decirle que algunas veces me he quejado a El porque no emplea personas de autoridad y de ciencia, que hubieran podido adelantar mucho [la devoción de su Divino Corazón] con su influencia. Y me parece que me ha dado a entender que para esto nada le sirve el poder humano, porque la devoción y el reinado de este Sagrado Corazón no se establecerán sino por medio de personas pobres y despreciadas, y entre contradicciones, a fin de que no se atribuya nada al poder humano. Y que, a pesar de todas las oposiciones y contradicciones que en contra de esto pudieran levantarse, reinará y se manifestará, y hará que le amen aun los mismos que se opusieron a ello. Le descubro mis pensamientos sencillamente. Y le pide me guarde secreto y me crea toda suya en el amor de este adorable Corazón.

D. S. B.

CARTA CXII

A LA MADRE DE SAUMAISE, DIJON

Está la Santa "completamente anonadada y perdida en El mismo". "A modo de aceite, o más bien, de bálsamo precioso". Poder del Corazón de Jesús para aplacar la cólera divina. Poder que sobre El tiene la oración en común.

¡Viva † Jesús!

[22 de Diciembre 1689.]

En cuanto a lo que me dice de que le hable con franqueza, le diré que el amable Corazón de Jesús no me permitiría hacerlo de otro modo con V. C., aunque al presente lo tiene todo anonadado en mí, y todo reducido al silencio, de tal suerte que no me deja tener mira alguna ni conocimiento más que para amarle y adorarle. Así que estoy completamente anonadada y perdida en El mismo. No se canse, mi querida Madre, de su trabajo. Espero que hará El que sea para gloria suya cuando llegue el momento. Porque los asuntos que miran directamente a la gloria de Dios son muy diferentes de los del mundo; en éstos hay que tomar una parte muy activa, mas en los de Dios, es preciso contentarse con seguir su inspiración, y después dejar

que obre la gracia siguiendo sus impulsos en cuanto podamos, como veo lo hace.

La devoción al Sagrado Corazón no ha de ser forzada, sino que quiere insinuarse El dulce y suavemente en los corazones por medio de la caridad, a modo de aceite, o más bien de bálsamo precioso, cuyo olor y licor se derrama suavemente. No nos aflijamos si vemos que nuestros deseos no se realizan tan pronto como quisiéramos para gloria del Divino Corazón. Sólo permite este retraso por lo mucho que se complace viendo aumentar nuestro ardor y diligencia en conseguirlo, y también para que el fervor de esta santa devoción dure más tiempo, concediéndonos poquito a poco las cosas que anhelamos, aunque, sin embargo, a mí me insta continuamente a que le dé a conocer y procure le amen. Yo me ofrezco a El con este objeto, para que me inmole y me sacrifique como a su víctima, conforme a sus designios y al beneplácito de su amor.

¡Ah, mi querida Madre!, ¿por qué no nos abrasamos en el fuego divino que ha venido a traer a la tierra? Sí, es preciso que nos consumamos. Quiero que mi ejercicio sea amar y abrasarme en esas santas llamas. Amemos, pues, al Sagrado Corazón, que será el altar de nuestros sacrificios. ¡Oh, cuán poderoso es este Divino Corazón para aplacar la cólera de Dios, irritado por la multitud de nuestros pecados, que han traido sobre nosotros todas estas calamidades que nos afligen! Y es preciso orar para que no nos sobrevengan otras mayores. La oración en común tiene gran poder cerca del Sagrado Corazón, que apartará los rigores de su divina justicia, poniéndose entre ella y todos los pecadores para obtener misericordia.

D. S. B.

Carta CXIII

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Consoladores progresos de la gran devoción. Tres cosas que pide el Sagrado Corazón de Jesús a sus amigos. Las Religiosas de Paray, entusiastas del nuevo culto. Gracias que tiene preparadas para la Comunidad de Semur.

¡Viva † Jesús!

[1689 ó 1690.]

Debo comunicarle una noticia que me han dado tocante a la devoción del Sagrado Corazón de Jesucristo, y es que se va

esparciendo por todas partes, por medio del Retiro del R. P. La Colombière, y que se ha erigido una Congregación bajo el título del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo (54).

No sé de cierto si ha sido en París, pero lo que sé es que se está formando otra dedicada a honrarle.

He aquí una cosa que este adorable Corazón pide a sus amigos: y es pureza en la intención, humildad en la acción, y unidad en la pretensión. No dudo que lo comprenderéis mejor que yo.

No es pequeño consuelo ver acrecentarse esta devoción, que visiblemente se sostiene y hace progresos por sí misma. No puedo callarme sobre ello. Soy tan necia que no sabría escribir una carta sin hablar de este Sagrado Corazón. No puedo amar a persona alguna sino con la condición de que ame ella al Sagrado Corazón de mi Jesús; ni puedo tener amor ni afecto más que a lo que El ama. Amémosle, y no nos preocupemos de nada más.

Es un consuelo ver cómo nuestras queridas Hermanas de esta casa se van aficionando a honrarle, y el ardor con que lo hacen; aun las que se oponían, son ahora las más fervorosas. Me ha mostrado un tesoro de gracias de salvación y de santificación que tiene para su Comunidad, por el gran contento que Nuestro Señor Jesucristo halla en el culto que se tributa en esa Casa a su Sagrado Corazón. Pero hablándole con sencillez, os diré que no creo que las gracias que promete, consistan en la abundancia de las cosas temporales; porque dice que no pocas veces son ellas las que nos empobrecen de su gracia y de su amor. Con esto es con lo que quiere enriquecer sus almas y sus corazones.

---

(54) Debe referirse la Santa a la *Cofradía del Corazón de Jesús y María* fundada por San Juan Eudes en su Seminario de Coutances (Véase la nota 1 de la Carta LIII), por un Breve de Clemente X, que no se puso en ejecución hasta dar el 25 de Enero de 1688 el correspondiente Decreto el Señor Obispo Diocesano. Ya antes de esta fecha habíanse fundado por iniciativa del mismo Santo otras varias Cofradías. Véase «La Devoción al Sagrado Corazón de Jesús», por el P. Bainvel, S. J. Librería Religiosa, Aviñó, 20, Barcelona, 1922, 347 páginas. Por lo demás, ignoramos a qué Cofradía que se estaba fundando aludiría Santa Margarita en las líneas siguientes.

CARTA CXIV

A SU HERMANO, EL ALCALDE

A propósito de la enfermedad de su cuñada, muestra Margarita lo exquisito de su cariñosa solicitud. La aconseja haga santo uso de aquélla. Le habla de la Capilla del Bosque de Santa María. El Sagrado Corazón de Jesús "desea de V. C. más amor que temor".

¡Viva † Jesús!

Enero 1690.

He recibido tu carta tan tarde, mi queridísimo hermano, que no tengo tiempo más que para desearte un santo y feliz año, y demostrarte mi sentimiento por la enfermedad de mi querida hermana, la cual en verdad, hace agravio a la sincera amistad que siempre he tenido con ella, pensando que pueda olvidarla, y quiero que sepa que antes me olvidaría de mí misma. La tengo tan fuertemente unida a mi corazón en el de Nuestro Señor Jesucristo, que voy a empezar una novena a su intención. Y la suplico que ponga toda su confianza en este Divino Corazón, y que mande decir en su honor, el viernes, cinco misas de la Pasión. Abrazo mil veces a esta querida hermana, y sufro yo pensando en sus grandes dolores. Envíame noticias suyas para consolarme, pues la amo tiernamente. Le suplico que haga santo uso de su enfermedad, para que la santifique al mismo tiempo que la aflige.

En cuanto a tu capilla es preciso tener paciencia. Espero, mi querido hermano, que todo se llevará a cabo para gloria de ese adorable Corazón, al cual bendigo y doy gracias con todo mi corazón, por las que te concede, y suplico que continúe haciéndotelas y te dé la fidelidad y correspondencia que espera de ti. Te invito a hacerlo así y a que le devuelvas amor por amor, y a no obrar con tanto temor, pues parece que tienes miedo de que te hable y trate con demasiada familiaridad. Pero sabe que desea de ti más amor que temor. Por lo tanto, abandónate a su amor y déjale obrar en ti, de ti y por ti, según sus deseos y su beneplácito, sin reflexionar más sobre ti mismo.

CARTA CXV

A UNA SUPERIORA DE SANTA URSULA (55)

La consuela muy afectuosa y espiritualmente en la muerte de una persona muy querida de entrambas. La anima a llevar airosamente, confiada en el Señor, la cruz de su cargo. Se encomienda muy humildemente en sus oraciones.

¡Viva † Jesús!

12 de Eenro de 1690.

Mi reverenda Madre:

Puedo asegurarle que comparto con V. C. la pérdida que acaba de tener, habiéndola sentido vivamente, por la estima y consideración que le tengo, animándola sinceramente en el Corazón de nuestro adorable Salvador. Su carta me ha dado ocasión de bendecir y dar gracias a Nuestro Señor viéndola tan sumisa a su santísima voluntad, en ocasión de tanto sentimiento como ésta, en la que sólo El puede suavizar su aflicción. No se puede figurar cuánto me ha admirado la misericordia de Dios para con esa querida difunta, habiéndole dado tan admirable disposición para prepararse a la muerte. La última vez que tuve el honor de verla, me dijo que no quería ocuparse más que en el gran asunto de su salvación, y que no le importaban ya las cosas de la tierra.

Esto debe consolarla mucho, y moderar su justo dolor, que siento yo vivamente, por la parte que tomo en cuanto a V. C. toca, y por la tierna y sincera amistad que me unía con la querida difunta. No podría imaginarse cuán dentro de mi corazón la había colocado Dios Nuestro Señor. Consolémonos, mi querida Madre; espero que será nuestra abogada en el cielo. ¡Ay, cuán feliz es por estar ya fuera de esta miserable vida, donde no hay más que penas y aflicción de espíritu, viendo siempre

(55) Madame de Monrouant, Superiora de las Ursulinas de Paray. Junto a la Visitación había desde 1644, un Monasterio de la orden de Santa Ursula. Margarita María no era desconocida en él; varias religiosas de las de aquella época o de las que entraron después habían sido educandas suyas; y siempre se recibían sus cartas con veneración. Hasta el día en que la tempestad revolucionaria dispersó a las humildes siervas de Jesucristo, existieron las mejores relaciones entre las dos Comunidades. Las Hijas de Santa Ursula no volvieron a su primer asilo; las reemplazaron las Hermanas del Santísimo Sacramento de la Congregación de Autun.

en peligro nuestra salvación a causa del pecado, que es el mayor mal del alma!

Con razón, mi querida Madre, siente el peso de su cargo. En verdad, que si el que lo impone no ayudase a llevarlo, sería difícil salvarse; pero confío en que el Corazón de Jesús ha de ser la fortaleza del suyo, y que será Dios glorificado con el trabajo que encuentra en él. Trabaje, pues, animosamente y sin cansarse, en la viña del Señor, pues ha unido a ello el precio de su corona, y también el olvido de sí misma y de todos sus intereses para no pensar más que en el acrecentamiento de su gloria en el empleo que le ha confiado. Y no tema que El la olvide, no; porque tiene un cuidado particular de las almas que se abandonan a El con confianza, como sabe mejor que yo.

En el Sagrado Corazón de Nuestro Señor la miro con frecuencia, pues su alma es muy querida de la mía, la cual le pide una partecita de sus santas oraciones, y que le encomiende alguna vez mis miserias interiores que en verdad son mayores de lo que pudiera expresarle. Le aseguro que si las conociera, la compasión la inclinaría a pedir misericordia por mí a Dios, y la gracia de una perfecta conversión. No la olvido en su presencia, siendo toda suya en su santo amor.

Carta CXVI

A LA MADRE M. F. DUBUYSSON, MOULINS

Le envía su sentido pésame por el fallecimiento de su madre y de un hermano suyo. El Divino Corazón nos separa de las personas más queridas para hacernos más perfectamente suyos. "Es un consuelo para los que le aman ver extenderse esta devoción por todas partes". Está decidida "a romper todo trato con las criaturas".

¡Viva † Jesús!

De nuestro Monasterio de Paray
27 de Enero de 1690.

Mi respetable Madre:

Suplico al Adorable Corazón de Jesús que sea para siempre nuestro amor y nuestro todo, y que sea también vuestra for-

taleza en las visitas crucificantes que le ha hecho con motivo de la muerte de su madre y de su hermano. Me han conmovido hondamente por la parte que tomo en sus intereses, que hago míos en el Sagrado Corazón de Jesucristo, en cuya presencia esté segura que no los olvido.

Tampoco la olvido a V. C. mi querida Madre; le deseo un año santamente feliz, en medio de la plenitud de las más preciosas gracias del amable Corazón de Jesús, que mortifica y vivifica cómo y cuándo le place, sin que nos sea permitido inquirir las causas. Debe bastarnos con saber que es El quien hace las cosas, porque tal es su beneplácito, al cual debemos someternos amorosamente. Y hemos de besar la mano que nos hiere al separarnos de las personas que nos son más queridas, para hacernos más perfecta y únicamente suyas. Me parece que de este modo procede con V. C., porque ama su alma de un modo singular, y el celo que demuestra tener por dar a conocer y hacer amar al Sagrado Corazón de nuestro divino Maestro, atraerá más y más sobre ella la plenitud de su puro amor.

Le confieso, mi única Madre, que es un consuelo para cuantos le aman, ver extenderse esta devoción por todas partes. La respetable Madre de nuestro primer Monasterio de Lyon (56), la ha enviado a Polonia; quiero decir que ha enviado el librito

---

56) La Madre María Leonor de Apchon de Poncion era superiora del Monasterio de Bellecourt, en Lyon, donde practicaba la vida religiosa desde la edad de catorce años.

«Su devoción al Corazón de Jesús en Lyon, dice su vida, era incomparable; con este motivo tuvo grandes relaciones con la Hermana Alacoque, de quien hemos hallado una carta en la cual le indicaba que Dios quería servirse de su persona para procurar el establecimiento de la devoción al Sagrado Corazón. Así sucedió en efecto: porque cuando escribió a nuestras casas con este objeto, todas nuestras Hermanas se entregaron al nuevo culto con el ardor que todavía se admira en ellas. Y desde este feliz acontecimiento ha seguido teniendo trato por cartas con la sierva de Dios».

La carta de la Santa nos dice que por su medio penetró en Polonia la devoción al Sagrado Corazón. Y no es esto de extrañar sabiendo que la M. de Poncion formó parte del enjambre lionés que fue a fundar a Varsovia el primer Monasterio que hubo en aquel país. Al cabo de algunos años volvió a su Monasterio de Bellecourt, donde la llamaba como acabamos de ver una misión providencial. Sus relaciones con Polonia duraron lo que duró su vida, y la devoción al Sagrado Corazón, cuyo germen había echado ella, fructificó bien pronto. Conocido es el importantísimo papel que han tenido los príncipes y obispos de Polonia en el establecimiento del culto al Sagrado Corazón de Jesús.

de Lyon, el cual, según nos avisan, se va a traducir al italiano. Pido a Dios que haga sea todo para su gloria y que llene nuestros corazones con las llamas del suyo adorable, a fin de que en adelante no podamos vivir más que en El y por El.

Me regocijo de que haya recibido a un alma tan santa en su Casa; esto no puede dejar de atraer sobre ella muchas bendiciones, y más habiéndola recibido por caridad. El Señor sabrá recompensarla por ello.

He cumplido su encargo para nuestra querida Hermana Cordier, que nos ha dicho no había recibido la que nos indicaba en la nuestra. Le asegura su sincera y respetuosa amistad, y yo le suplico encarecidamente que no olvide en la presencia del Sagrado Corazón a la que es toda suya en su santo amor, su muy humilde e indigna hija y sierva en Nuestro Señor,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Debo confesarle con toda mi confianza, mi amadísima Madre, que al fin me veo obligada a ceder al impulso tan apremiante que siento desde hace tanto tiempo, de romper todo trato con las criaturas, ya sea por cartas, ya de otro modo, por bueno y útil que pudiera parecer, y bajo cualquier pretexto que pudiera alegarse, para vivir anonadada y escondida en el adorable Corazón de Jesús. Mas sin olvidar allí a mis amigas, lisonjeándome de que continuará siendo de este número V. C. y mi querida hermana de la Barge. Le suplico le haga tener por buena mi resolución para que no nos proporcionen sus cartas a ella y a mí el disgusto de que queden sin contestación, como otras muchas, y le aseguro que, en cuanto a lo demás, seré para ella siempre la misma en la presencia de Dios. Ya es tiempo de que comience a negociar seriamente con El los asuntos de mi salvación eterna.

Y con todo mi corazón y sincero afecto abrazo a esta amadísima hermana.

CARTA CXVII

A SU HERMANO, EL ALCALDE

Enferma ella misma, dirige la Santa unas palabras de sólido consuelo a su hermano por la larga enfermedad de su mujer. Le exhorta a continuar la capilla del Sagrado Corazón de Jesús.

¡Viva † Jesús!

[Febrero de 1690.]

Desearía poder demostrarte, mi queridísimo hermano, la parte que tomo en todas las visitas crucificantes con que Nuestro Señor te favorece, sobre todo en la enfermedad de mi querida hermana, que es para mí más sensible de lo que pudiera decirte. Pero me parece que el divino Corazón de Jesucristo quiere santificarla por este medio.

Exhortala, por lo tanto, a que haga buen uso de ella, pues yo no estoy en disposición de procurarle el consuelo que deseas, hallándome yo misma tan mal, que apenas puedo escribirte estas cuatro palabras. Asegúrala, sin embargo, que no dejo de hacer cuanto puedo por ella ante Nuestro Señor; pero mis pecados me hacen indigna de ser escuchada. No puedo decirte más por ahora, sino que continues, aunque te encuentres solo, la Capilla del Sagrado Corazón.

CARTA CXVIII

A LA HERMANA JUANA MAGDALENA JOLY, DIJON

El Divino Corazón es un Rey generoso que distribuye en la paz las recompensas merecidas en la guerra. "Una devoción que no quiere ser forzada ni impuesta". Consoladoras noticias sobre sus adelantos. "En este Divino Corazón todo se convierte en amor, hasta las más amargas amarguras". ¿Cuál era el único consuelo de la seráfica Virgen de Paray?

¡Viva † Jesús!

[10 Abril de 1690.]

No se puede figurar, mi querida Hermana, cuán agradable hace el adorable Corazón de nuestro buen Maestro que sea para mi su ardor en darle a conocer y hacerle amar, y el trabajo que para conseguirlo se toma. Espero que no lo ha de olvidar jamás,

siendo El mismo su eterna recompensa. Y al fin reinará este divino Corazón, a pesar de los que se oponen a ello. Satanás quedará confundido, con todos sus secuaces. Y serán felices aquellos de quienes El se sirva para establecer su imperio.

Me parece que es semejante a un rey que no piensa en dar recompensas mientras lleva a cabo sus conquistas y triunfa de sus enemigos, pero sí cuando reina victorioso en su trono. El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones, destruyendo y arruinando el de Satanás. Me parece que lo desea tanto, que promete grandes recompensas a los que de buen grado se dediquen a ello con todo su corazón, según la capacidad y las luces que para ello les dé.

No temamos, pues, ni el trabajo, ni los sufrimientos que se encuentren en esta santa obra; antes tengámonos por dichosas cuando nos juzgue dignas de pasarlos por tan noble causa, y aun toda clase de penas, contradicciones, calumnias y dolores. Cuantos más encuentro, más alentada me siento, y más esperanza tengo de que resulte en gloria de este amable Corazón, y para salvación de muchas almas. Pero es una devoción que no quiere ser forzada ni impuesta. Basta darla a conocer, y después dejar al divino Corazón el cuidado de penetrar, con la unción de la gracia, los corazones que se ha destinado para sí. ¡Dichosos los que sean de este número!

Debo decirle, con gran consuelo, que le tienen mucha devoción en estos lugares; muchos hacen novenas [con velas encendidas] y reciben el afecto de sus peticiones, y aun hay quienes se ponen de rodillas por la parte de fuera de nuestra capilla.

En fin, mi íntima Hermana, es preciso amar a este divino Corazón de tal suerte que no vivamos ni respiremos más que por El y para El. No se puede figurar el consuelo que es para mí que se haya unido a mi querida Hermana de Saumaise para procurar su gloria. Por más que digo que no quiero volver a escribir, no puedo dejar de hacerlo, cuando se trata de hablar del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, fuera del cual le confieso que todo me es suplicio [en este Sagrado Co-Corazón se goza de una paz inalterable]. Todo se convierte en amor en este divino Corazón; hasta las más amargas amarguras. Hagamos en El nuestra mansión actual y perpetua, y nada nos podrá turbar, con tal que nos abandonemos a El por

completo. Dejémosle hacer y obrar en nosotras y por nosotras, según su deseo.

Y en cuanto a lo demás, le doy gracia por la corona y el libro que nos ha enviado. Lo conservaré afectuosamente, con permiso de la obediencia, por amor a ese amable Corazón, al cual suplico le dé parte en ella cuantas veces la rece. Pídale para mí que me esconda tan dentro de El mismo que viva sepultada en un eterno olvido y desprecio. Todos los tormentos y la misma muerte serían para mí dulce placer, con tal que El reine. No quiero más consuelo en la vida que el progreso y el feliz éxito de esta devoción del Sagrado Corazón, y que me den noticias de la misma. Démelas solamente cuando El se lo inspire. Y esté persuadida de que aun cuando no le conteste siempre, no por esto la recuerdo menos en su presencia, pues no puedo dejar de hacerlo.

D. S. B.

[Le diré que los RR. PP. Jesuitas han tomado esta devoción muy a pecho, y la han establecido en sus Colegios. En fin, mi íntima Hermana, parece que sólo yo sirvo de obstáculo. Pídale le ruego, que me saque pronto de esta vida, la cual no me proporciona más contento que el de ver amar, honrar y glorificar a ese amable Corazón. En el cual debemos renovar con frecuencia la santa unión que ha establecido entre los nuestros, pidiéndole sin cesar que se dé a conocer y se haga amar, y que derrame sus misericordias sobre todos los que recurren a El, encomendándole todas las calamidades públicas.]

Carta CXIX

A LA MADRE GREYFIE, SEMUR

Sentimientos de afectuosa caridad. ¿Cuándo nos da el amante Corazón mayores pruebas de que nos ama tiernamente? Nuevas conquistas del Sagrado Corazón de Jesús. La ambición de Margarita es vivir pobre, desconocida y despreciada de todos. En qué poco hay que tener los juicios humanos.

¡Viva † Jesús!

[1690.]

Aunque parece, mi amadísima Madre, que no quiere volver a interrumpir su silencio para contestarme, no dejo de arries-

gar mi tercera carta, asegurándole que sea cual fuere el modo que tenga de tratarme, yo seré siempre la misma en estimación, amistad y respeto hacia V. C. No creo que haya nada capaz de alterar en lo más mínimo la unción de nuestros corazones en el de nuestro soberano Maestro, el cual quiere que dure en el tiempo y en la eternidad. Allí los verdaderos amigos de Dios se verán y hablarán a su gusto, sin temor de separarse jamás.

Pero antes de esto, es preciso gustar las amarguras del Calvario. ¡Ah, mi querida Madre!, no sé decirle otra cosa sino que nos es bueno vivir y morir en la cruz. El Señor me ha favorecido con la de una enfermedad bastante larga, durante la cual sufría ciertamente mi cuerpo, pero mi corazón y mi espíritu gozaban de un paraíso de deliciosa paz, la que hallo abundantemente en el amable Corazón de nuestro soberano Maestro. Nunca nos da mayores pruebas de que nos ama tiernamente como cuando nos hace participar de estas amargas amarguras. Pero un corazón que ama de verdad ¿podría quejarse de estar en la cruz, o más bien en el Corazón de Jesucristo, donde todo se trueca en amor?

¡Ay, mi buena Madre, si supiera cuán grande es mi consuelo viendo aumentarse la devoción al divino Corazón, con tal provecho, que todos se inclinan a ella con ardor y suavidad, como a manantial de salvación! Algunas personas seglares le han mandado edificar capillas, y han fundado misas en su honor todos los primeros viernes de mes. Y puedo decirle que mi más sensible dolor es considerarme como un obstáculo a esta amable devoción; pues jamás me he visto tan perversa, pobre y destituida de virtudes y de todo bien espiritual, con tan grande infidelidad para con Dios, que me causo horror a mí misma. Nuestro Señor no deja, sin embargo, de seguir dándome sus gracias con más abundancia y profusión que nunca.

Mucho me consolaría el abrirle un poco mi corazón, como a mi buena Madre, mas no diré nada por tener demasiado que decir, y sentirme cada día más atraída a vivir pobre, desconocida y despreciada de las criaturas. Esto me obliga a dar de mano todas mis relaciones, en cuanto la obediencia me lo permite, para poder con más facilidad vivir escondida en Dios. Pero me reprende severamente porque me excuso muchas veces de ha-

blar o escribir a los que El me envía, bajo pretexto de no querer engañar a nadie. Bien es cierto que no me preocupo de que tengan buena o mala opinión de mí, puesto que no somos buenos o malos más que en cuanto lo somos ante Dios. No la olvidará en su presencia esta su pobre miserable nada, halagándome el pensamiento de que me corresponda del mismo modo el corazón de mi buena Madre, de la que soy sin reserva en el amable Corazón de Jesucristo.

CARTA CXX

A SU HERMANO, EL ALCALDE

Exhorta eficazmente a su hermano y a su mujer Angélica Aumônier a la absoluta resignación en la voluntad de Dios en la dolorosa enfermedad de ésta. "La salvación de la pobre enferma va unida a su enfermedad". Consejos varios.

¡Viva † Jesús!

[1690.]

En verdad, mi queridísimo hermano, que no sé qué contestarte, pues yo misma me hallo extraordinariamente conmovida al ver que todas las oraciones que nuestra comunidad y las almas buenas que yo conozco hacen incesantemente en unión conmigo por mi querida hermana y por ti, no os han alcanzado aún ni un sólo aumento de paciencia (57).

Con mucho dolor atribuyo la causa de esto a mis pecados. Te diré, sin embargo, que lo que Dios desea de ambos es la sumisión a su voluntad, y paciencia para llevar los males con mansedumbre. No os dejéis llevar de esa suerte de curiosida-

(57) Después de haber agotado todos los remedios, la familia no tuvo ya más recurso que las oraciones de su hermana Margarita María, pidiéndolas con tanta más instancia cuanto más sabían cual era su eficacia, por la curación del Señor Jacobo Alacoque, cura de Bois-Sainte-Marie. Hubieran querido saber por lo menos si la enferma curaría, y si la prueba había de durar aún mucho tiempo. Con santa firmeza responde la humilde religiosa con la presente carta a las instancias y preguntas que se le dirigían. Entonces fue cuando al fin comprendieron y pusieron en práctica los piadosos consejos de la Santa. La enferma se sometió al fin plenamente a la voluntad de Dios, y le entregó suavemente su espíritu al día siguiente de recibida esta carta, trece meses después de caer enferma, y cuatro semanas antes que su santa cuñada.

des que no le agradan; ni está en mi poder satisfaceros sobre este punto. Creía haberos dicho bastante en las dos precedentes, si hubierais reflexionado un poco sobre ello, para daros a conocer que, siendo voluntad de Dios que sufra este mal con paciencia para su salvación, en vano buscáis para él remedios humanos, que de nada servirán; porque ¿quién puede ir en contra de la voluntad de Dios? Ella se cumplirá siempre, sea o no sea de nuestro gusto.

Y para decirlo todo en una palabra, la eterna salvación de la pobre enferma va unida a su enfermedad, y ella es como el árbitro para hacer buen o mal uso de la misma, sin que deba informarse de si ha de durar poco o mucho, dejando esto en el secreto de Dios. Debe ofrecerle el sacrificio de su vida, para entregársela cuando le plazca. Con todo mi corazón y con lágrimas en los ojos, la exhorto a que lo haga así, porque no podría darle el Señor mayor señal de su justa cólera que curarla. Que cuando se trata de la salvación, es preciso hacerlo y sufrirlo todo, sacrificarlo y abandonarlo todo.

Ahí tienes mi querido hermano, lo que el vivo dolor que siento y la parte que tomo en vuestra presente tribulación me permiten deciros. En cuanto a las oraciones, me parece no ser posible aumentarlas, ofreciendo también comuniones. Al presente estoy comulgando diez viernes seguidos por su intención. Nuestra respetable Madre ha encargado oraciones y novenas a la Santísima Virgen y a nuestro Santo Fundador. Os saluda tomando mucha parte en vuestro justo dolor.

En lo que a mí toca, no me es posible expresaros la sorpresa que me produce vuestra poca sumisión y paciencia, lo que me hace morir en vida. Consagrad a la enferma de nuevo a San Francisco de Sales, y encargad que digan nueve misas en su honor, para alcanzarle la paciencia y el desprendimiento de las cosas de la tierra. Y que para esto recuerde que la última vez que la vi, me dijo pidiese a Dios la pusiera en disposición de obrar su salvación, a cualquier precio que fuese. Y ahora ya no es tiempo de retractarse.

En fin, mi querido hermano, aunque Dios nos quiere salvar, quiere también que contribuyamos a ello por nuestra parte, pues no hará nada sin nosotros. Por lo tanto, es preciso resolverse a sufrir. Desearía con todo mi corazón poder contribuir

en algún modo a su consuelo y santificación, y no hay cosa que no quisiese hacer y sufrir para conseguirlo, fuera del pecado. Este es el tiempo de sembrar con fruto para la eternidad, donde la cosecha será abundante. No perdáis el ánimo. Vuestras penas sufridas con paciencia valen mil veces más que toda otra austeridad. Esto es lo que al presente os pide Dios. Abrazo mil veces a la querida enferma, y te ruego que la consueles cuanto puedas sin dejarte abatir por la pena.

Carta CXXI

A SU HERMANO, CURA DE BOIS-SAINTE-MARIE

El amor natural, sublimado por el sobrenatural. Le ruega siga encomendándola en la santa misa. Le suplica consuele y exhorte a sus hermanos.

¡Viva † Jesús!

[1690.]

No te podrías imaginar, mi amadísimo hermano, cuánto consuelo me ha hecho sacar de nuestra conversación el Sagrado Corazón de nuestro soberano Maestro. Me parece que desde que tuve el consuelo de verte, mi corazón se siente más y más unido al tuyo en el del Salvador por medio de los lazos de su puro amor. En él deseo te consumas y transformes, a fin de que jamás nos separemos de El ni un solo instante.

Te ruego que continues dándome siempre alguna partecita en tus santos sacrificios, pues estás obligado a interesarte por mi salvación. ¡Ay de mí, mi querido hermano, cuán pobre estoy de bienes espirituales! Espero mucho de tu socorro cerca del Sagrado Corazón, que constituye todo mi consuelo y esperanza, en medio de las cruces con que continúa favoreciéndome, y de la que hago tan mal uso, que temo que estos sufrimientos me granjeen otros eternos. Pero lo abandono todo al Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro, a quien te invito a amar siempre, procurándole todo el honor y la gloria que te sea posible. No temas emplear en esto tu tiempo, pues es El bastante rico para recompensarte.

Me ha conmovido extraordinariamente lo que me dices de mi querida hermana. No repito aquí lo que de ella digo en la carta que escribo a mi hermano; puedes leerla. Digo solamente

que es preciso saques del Sagrado Corazón de nuestro divino Salvador, por medio de tus santos sacrificios, todo el consuelo de que necesitan. Hay que animarlos a que sufran con paciencia, porque no hay otro remedio a sus males, sino la paciencia y sumisión a la voluntad de Dios, que le suplico te conceda. Esto es lo que al presente puedo decir en medio del gran dolor que me abruma.

Soy toda tuya en la Sagrado Corazón de Jesús,

Sor Margarita María Alacoque.
D. S. B.

Carta CXXII

A LA HERMANA DE LA BARGE, MOULINS

"Que establezca su reinado sobre mi anonadamiento". ¿En qué consiste el sincero amor a Jesucristo? El Sagrado Corazón de Jesús, nuestro divino y universal suplemento. Ocupación de Margarita durante una prolongada agonía. El excesivo temor desagrada al Divino Corazón.

¡Viva † Jesús!

27 de Mayo 1690.

En fin, mi queridísima amiga en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro; el mío no puede negar al suyo lo que me pide, que es que responda a su última, y que le escriba una vez al año. Dígole con franqueza que nuestra amistad y unión es demasiado fuerte para poderse romper, al menos por mi parte; y le aseguro que mi silencio hará que le recuerde con más frecuencia, y se fortalezca más y más nuestra amistad y unión. Pero al presente no puedo resistir ya más, ni me siento con valor para hacerlo; es decir, que es preciso me extinga y anonade para vivir pobre, desconocida y oculta, en el Sagrado Corazón de mi divino Maestro, olvidada y despreciada de las criaturas, para que establezca su reinado sobre mi anonadamiento.

Y contestando a lo que me dice, le digo que creo no hace nada contra ese espíritu de abandono y de sacrificio, en que debe vivir y morir, al exponer a los que la dirigen la debilidad de su cuerpo; después quede en paz abandonada y sacrificada por completo al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Me parece puedo atreverme a decirle que El no la abandonará jamás, sino que tendrá especial cuidado de V. C. a medida que se confíe y abandone por completo a El, por medio de una inviolable fidelidad en las ocasiones en que se trate de demostrarle su amor. Creo desea haga consistir éste en el perfecto olvido de sí misma y en el amor al desprecio, que sabe sufrirlo todo en silencio.

Además, por lo que toca a la pena que siente de llevar una vida floja en el servicio de Dios, he aquí lo que creo me inspira que le diga: que no se turbe, pues para satisfacerle en este punto no tiene más que unirse en todo lo que haga al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Al empezar sus obras, para que le sirva de disposición y al fin de ellas de satisfacción. Como por ejemplo: ¿no puede hacer nada en la oración?, conténtese con ofrecer la que el Divino Salvador hace por nosotros en el Santísimo Sacramento del Altar, ofreciendo sus ardores para reparar todas sus tibiezas, y diga en cada una de sus acciones: «*Dios mío, quiero hacer y sufrir esto en el Sagrado Corazón de tu divino Hijo, y según sus santas intenciones, que te ofrezco para reparar todo lo impuro e imperfecto de las mías*». Y así en todo lo demás.

Y cuando le sobrevenga alguna pena, aflicción o mortificación, dígase a sí mismo: «*Toma lo que el Sagrado Corazón de Jesucristo te envía para unirte a El*». Procure, sobre todo, conservar la paz del corazón, que vale más que todos los tesoros imaginables; y el medio para conservarla es no tener volutad, poniendo la del divino Corazón en lugar de la nuestra, para dejarle querer por nosotros lo que sea más glorioso para El, contentándonos con vivir sometidas y abandonadas a El. En una palabra; este amable Corazón suplirá todo lo que pudiera faltar por su parte, porque amará a Dios por V. C. y le amará en El y por El. Pero ¿no estoy hablando demasiado? Lo hago por satisfacer su humildad, puesto que la perfección no consiste, como dice nuestro santo fundador, más que en pensar y hablar poco; pero hacer y sufrir mucho por Dios.

Mas ¡hay de mí!, mi querida amiga, me confundo y me condeno a mí misma escribiendo esto, pues me encuentro tan lejos de ello, que querría no volver a escribir, sin haber aprendido antes a hacer lo que digo. Porque como dice nuestro Señor:

«*¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?*» Como ve, la trato sin cumplimiento alguno, teniéndola muy dentro de mi ruin corazón con todo afecto, y así puedo asegurarle que cuando crea, como me dice, que puedo servirle en algo, no tiene que hacer más que manifestármelo, y verá entonces lo que soy para V. C. en el Sagrado Corazón de Jesucristo. No creo le desagradará la oración que desea hacer a su amado discípulo el glorioso San Juan; pero que sea para obtener la perfecta conformidad al beneplácito divino.

Me pregunta también la causa de este silencio de tres semanas. Sólo puede decirle que me hallaba por completo imposibilitada de poder pronunciar una sola palabra que se pudiese oír, aunque me hiciera gran violencia para conseguirlo, a causa del cargo que ocupo (*Asistente de la Comunidad*). Pero no permita Dios que yo quiera singularizarme queriendo hacer más retiro que las otras, que sólo tienen diez días. Me pregunta qué hacía en mi silencio: ¡ay!, no tengo más que un sólo negocio; amar, olvidarme y anonadarme, pues que todo está en el amor de Dios y el odio a nosotros mismos. Y este asunto me parece de tan gran importancia que nunca tengo bastante tiempo para emplearlo en él.

Amemos, pues, a este único Esposo de nuestras almas, pero amémosle en todo y por encima de todo; sin gusto, sin sentimiento, ni placer; en medio del sufrimiento y desolación, como en el gozo de las consolaciones. Y no me diga que no tiene amor. Le digo que sí, que le ama; pero que tiene siempre excesivo temor, que es lo que le desagrada, porque desea de V. C. una amorosa confianza.

Le ruego que presente mis humildes y afectuosos respetos a su respetable Madre, a quien estimo y amo sinceramente en el Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro, ante el cual no la olvidaré, ni tampoco a su querida Hermana «Depuesta», a quien digo lo mismo, y a V. C., mi íntima Hermana, a quien también que pida para mí al divino Corazón su puro amor, que me convierta por completo en El. Yo pediré lo mismo para V. C., quedando en este mismo amor toda suya,

Sor Margarita María.
De La Visitación de Santa María.
D. S. B.

CARTA CXXIII

A UNA RELIGIOSA DE SANTA URSULA (58)

La apremia a que cumpla sus deberes de esposa de Jesucristo. "Bien sabe que no quiere corazones divididos". La exhorta a no desanimarse y a fomentar la amorosa confianza.

¡Viva † Jesús!

Desearía, mi amadísima Hermana, que Jesús triunfante, triunfara tan perfectamente de nuestros corazones, que no estuviera a nuestro alcance el poder apartarnos jamás de El, como tampoco de sus santas leyes, ni de los deberes de sus verdaderas esposas, cuyo título tenemos la dicha de llevar, aunque muy indignamente por mi parte.

Pero debo confesarle, mi querida amiga, que no podría disimular por más tiempo mi pena, porque es preciso amarla tanto como yo lo hago en el Sagrado Corazón de Jesucristo, para entrar tan de lleno en sus intereses, y para que me conmuevan tan hondamente. Esto me da confianza para arriesgar mi tercera carta, rogándole me diga la verdad sobre su disposición, porque no quiero creer ni lo que a mí se me ocurre ni nada de lo que pudieran decirme de las mil hablillas que corren acerca de su conducta.

Le confieso que tengo el corazón traspasado de dolor. Per-

---

(58) Esta carta y las cinco siguientes parece fueron dirigidas a la Religiosa Ursulina, María de San Esteban Chevalier de Montrouant, educada en el Monasterio de la Visitación de Paray, en el cual había tenido de maestra a Santa Margarita María. Cuando se consagró a Dios en el Monasterio de las Ursulinas del mismo Paray continuó sus afectuosas relaciones con su antigua maestra. En el proceso de 1715 la Hermana de Montrouant declaró «que la Venerable Hermana Alacoque, en quien tenía plena confianza, le descubrió cosas de las que pasaban en su interior, y de las que no había hablado a nadie. Que desde que salió de la Visitación y profesó en aquella casa a Santa Ursula, había consultado varias veces por escrito a la Venerable Hermana sobre sus penas interiores y sobre otras cosas, y que le iba bien siguiendo sus saludables consejos, que la mayor parte de las veces le demostraban que sabía cosas concernientes a su interior, de las que ella no le había informado. Dicha declarante nos ha dicho haber recibido varias cartas de la Venerable Hermana Alacoque, en las cuales la exhortaba a continuar trabajando en la perfección y santidad de su estado, y sufriendo con paciencia las cruces que indefectiblemente se encierran en la religión como en todas partes».

mita, mi querida Hermana, que le hable francamente y que cumpla la promesa que me obligó a a hacerle, de decirle sencillamente lo que pienso sobre V. C.. Me parece que el Señor no está contento de su proceder, y temo que se canse de sus resistencias. Más; que, después de haber tratado en vano de ganar su corazón, llamando sin cesar a la puerta sin poder entrar, se retire dejándolo a merced de sus enemigos; porque bien sabe que no quiere corazones divididos. Quiere poseerlo todo, o dejarlo todo.

Ya sé que no le faltan luces para saber lo que desea de V. C. en el estado a que se ha comprometido. ¿Y cuál será el castigo que atraerá sobre sí el siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la cumple? Espero, sin embargo, que su corazón no echará esto a mala parte; antes más bien reflexionará un poco sobre ello, a fin de no arriesgar la corona que le está destinada, ni privarse de tantas gracias, que no dejará de agradecer a Dios el día de su muerte. Esta no suele estar tan lejos como creemos.

Comencemos, pues, a trabajar en firme en nuestra salvación, pues nadie puede hacerlo por nosotros; tanto que Aquel mismo que nos ha criado sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Y una vez más, dígame ¿será posible que tenga valor para negarle su corazón? No, no podría creerlo, puesto que sólo se necesita un resuelto: *lo quiero*, para darnos del todo a Dios. Espero de su misericordia que no nos rehusará las fuerzas necesarias para vencer nuestra repugnancia al bien, y dominar nuestras pequeñas debilidades, que nos alejan con tanta frecuencia de El y de nuestros deberes religiosos.

Mas acuda con confianza a su amorosa bondad y no la abandonará, porque desea favorecerla, y está siempre dispuesto a recibirla con tal de que se vuelva humildemente a El, si por desgracia se hubiese apartado lo más mínimo. No nos dejemos llevar del desaliento, y recibamos de buen grado, querida amiga, y en espíritu de sumisión, las pequeñas mortificaciones que permita su dulce Providencia que nos sobrevengan, y procuremos hacer buen uso de ellas. Yo, no obstante lo mala que soy, deseo mucho mejorar; y espero hacerlo si me ayuda con sus oraciones. No me olvidaré de V. C. en las mías, pobres y tibias, en las cuales suplico al divino Salvador de nuestras almas que

nos haga suyas para siempre. ¡Sea El bendito y glorificado eternamente!

Sor Margarita María Alacoque.
D. S. B.

Carta CXXIV

A LA MISMA

"Sin mezcla de amor a las criaturas". ¿Qué es lo que más atormenta a los difuntos?

¡Viva † Jesús!

Ha sido para mi grande consuelo, mi queridísima y amadísima Hermana, ver en la suya la sumisión y resignación al beneplácito divino que tiene en su dura aflicción, en lo que veo una gran bondad y amor de Dios para con V. C. quitándole lo que más amaba en esta vida, a fin de que no se apegue a ninguna cosa de la tierra, sino a El solo. Quiere poseer su corazón por completo, y que le ame con un corazón puro, y con un solo amor, sin mezcla de amor a las criaturas. Porque, ¡ay! mi querida Hermana, ya que nuestra vocación nos obliga y nos hace esposas de Dios crucificado, debemos amar las cruces y recibirlas como prendas preciosas del amor del divino Esposo, que por estos medios crucificantes quiere hacernos semejantes a El, probando de este modo nuestro amor, que debemos demostrarle abrazándonos amorosamente con la cruz.

Bien sé que no hay cosa que tanto atormente a los difuntos como no haber cumplido lo que prometieron. La difunta me dijo la última vez que la vi, que había hecho voto de hacer una obra buena, N., por lo que se lo he advertido para que dicha obra se lleve a efecto. De más provecho le será en el cielo que en la tierra, pero hay que ayudarla a entrar en él, y auxiliarla con oraciones y buenas obras. Con este objeto no debemos amar ya ni desear más que a Dios solo. En su santo amor soy toda suya,

Sor Margarita María Alacoque.
D. S. B.

CARTA CXXV

A LA MISMA

Por el amor paciente al amor gozoso. Confianza en medio de las cruces. Retrato de la perfecta religiosa. En serlo está su verdadero paraíso.

¡Viva † Jesús!

Mi queridísima Hermana:

Después de desearle la plenitud de gracia que Nuestro Señor derrama abundantemente durante este santo tiempo en los corazones bien dispuestos para recibir las impresiones de su amor paciente y participar así de las de su amor gozoso —de cuyo número deseo seamos—, querría poder demostrarle el sincero afecto que siento hacia V. C. Tanto más cuanto que me manifiesta su gran deseo de amar a Dios, y de ser toda suya, cumpliendo en los deberes de su santa vocación, y haciendo exactamente cuanto el Señor le dé a conocer que desea de V. C.. Este y no otro es el medio para ganar su Corazón y alcanzar de El todas las gracias necesarias para su perfección. Confíe en la bondad de Nuestro Señor en medio de las cruces que le envía, y El no la abandonará; pues sabe sacar bienes de nuestros males, y gloria para sí de nuestras aflicciones. A El suplico que nos haga tales cuales quiere que seamos en nuestra santa vocación, que nos debe hacer sumisas en la aflicción, a su adorable voluntad, que es siempre igualmente amable en sí misma, lo mismo en la aflicción que en la consolación. Abracemos de todo corazón cuanto nos mande, diciendo en toda ocasión: «¡*Dios mío, hágase tu voluntad*!».

No creo que pida Dios otra cosa de V. C., sino que le dé fielmente lo que le ha prometido, por sus santos votos. Estos le obligan a vivir conforme al espíritu de su regla: porque ¡ay! qué confusión sentiríamos a la hora de la muerte si nos dijesen: «*Deja ese hábito que cubrió un fantasma de religión*». Piense en ello seriamente, mi querida amiga, y trabajemos con energía para llegar al perfecto desprendimiento en que debe vivir una buena religiosa, no solamente en cuanto a los bienes y comodidades, sino que debe estar también desprendida de todos los placeres y consuelos, tanto interiores como exteriores. En fin,

una buena religiosa debe ser toda de Dios y de su Superiora, estando indiferente cuanto al modo como la trate y al empleo en que la ponga. Debe vivir así, completamente abandonada a la divina providencia y a la santa obediencia, sin desear ni rehusar nada, sino estando siempre dispuesta a hacerlo y sufrirlo todo sin quejarse. En esto consiste el verdadero paraíso del alma religiosa.

Soy toda suya en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo,

Sor Margarita María Alacoque

CARTA CXXVI

A LA MISMA

Lo único que necesita un religioso para hacerse un gran santo. Muerte en vida. Los respetos humanos, gran obstáculo a la perfección. Dónde encontrará la fortaleza y el consuelo necesarios.

¡Viva † Jesús!

Mi queridísima Hermana:

No la olvido delante de Dios, suplicándole que la haga una gran santa. Para esto, sólo se necesita que sea inviolablemente fiel a la práctica de todas sus observancias, porque no debemos ser de Dios a medias; pues como El se da todo a aquel a quien ama, así también quiere poseer todo su corazón. Y ¡qué mayor bien podría haber, querida amiga, que no ser ya del mundo, ni de nosotras mismas, para ser enteramente de Dios, y no poseer más que a El solo! Pero no debemos lisonjearnos pensando que podemos gozar de tan gran bien sin sufrir mucho y sin hacernos violencia.

Mas ¡buen ánimo!, pues sólo los esforzados arrebatan el cielo; y bien sabe que en la vida religiosa es preciso hacerse continua violencia, porque es vida del todo opuesta a la carne y a los sentidos, vida crucificada, y que con razón puede llamarse muerte en vida. Una buena religiosa debe estar siempre en ese continuo ejercicio de morir a todos los placeres de la vida, por verdadera mortificación de sus sentidos y una profunda humildad de corazón que nos lleve al desprecio y olvido de nosotros mismos.

Le deseo fiel correspondencia a la gracia, siguiendo las luces que Nuestro Señor le da. No debemos aspirar en todo cuanto hagamos más que a unirnos con Dios, y asemejarnos a nuestro Esposo crucificado. Pero para esto es preciso anonadar y pisotear todos los respetos humanos que ponen tanto obstáculo a nuestra perfección. Le aconsejo que se dirija al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, si quiere salir victoriosa de sus enemigos, y encontrar la fortaleza y consuelo que necesita, y que El no ha de rehusarle si se lo pide.

Créame toda suya en el Sagrado Corazón de Jesús,

Sor Margarita María Alacoque,
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

Carta CXXVII

A UNA RELIGIOSA DE SANTA URSULA

Sentimientos de afectuoso respeto. ¿Cómo debemos disponernos para la muerte? ¿Cuál debe ser la vida de una buena religiosa? La invita a consagrarse y sacrificarse por completo al Divino Corazón. Premios de esta consagración.

Señora:

Ruego al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo que sea la paz y el consuelo de su alma y todo el amor de su corazón. Con todo el afecto del mío querría poder demostrarle cuánto la amo y la respeto en ese mismo adorable Corazón, y el deseo que tendría de satisfacerla en lo que desea de su miserable e indigna esclava. Mas no lo podré hacer a causa de mi poca memoria, que no puede recordar las cosas pasadas. No me es posible recordar lo que antes le he dicho para decirle ahora mi parecer sobre ello.

En cuanto al segundo punto, tocante a su muerte, abandónelo a la divina Providencia, sin querer penetrar en el secreto de Dios, porque esto no pertenece a una miserable pecadora como yo. ¿Sabe lo que es preciso hacer, mi queridísima amiga? Estar siempre en aquella disposición en que querríamos comparecer ante Dios, y de este modo no temeríamos que nos sor-

prendiese la muerte. Y ¿qué puede temer una buena religiosa cuya vida no debe ser más que una continua muerte a sí misma y a todos los placeres de la vida, para no tener más que el de crucificarse con nuestro querido Esposo Jesucristo? Haciéndolo así, encontraremos vida en la muerte, dulzura en la amargura, y a Dios en la nada. Nuestro corazón sólo para Dios fue creado. Desgraciado de él si se contenta con algo menos que con Dios, o si se deja abrasar por otro fuego que no sea el de su puro amor. Espero que éste la animará más y más a continuar sus cuidados y su caritativo celo con esos pobres infieles hugonotes. En cuanto pueda, no perdone trabajo alguno.

El Señor se lo recompensará, así como la devoción que tenga a su Sagrado Corazón, al cual le invito a consagrarse y sacrificarse por completo, después de la santísima comunión que hará con esta intención. Le envío a este fin una pequeña Consagración para llevarla, junto con su imagen, sobre vuestro corazón. Recurra a El en toda ocasión. El la consolará en sus necesidades y aflicciones, siendo la fortaleza de sus debilidades, el soberano remedio de todos sus males, y, en fin, su asilo en la hora de la muerte. Para ésta debe ser nuestra vida una continua preparación, haciendo todo el bien que podamos mientras tenemos tiempo para ello. Ya ve con qué libertad la trato, pues confío en que su bondad excusará mi franqueza, puesto que soy toda suya en el Sagrado Corazón de Jesucristo,

Sor Margarita María Alacoque,

que le suplica pida su verdadera conversión, y la gracia de morir con verdadera contrición. No la olvidaré en mis pobres oraciones.

CARTA CXXVIII

A LA SEÑORA DUCRET, URSULINA

Anímala a proseguir sus trabajos por la conversión de los infieles. Qué es para Margarita la fiesta del Santísimo Sacramento. Cómo celebrar dignamente su Octava. Nunca más feliz que cuando sufro.

¡Viva † Jesús!

Ruego al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que abrase siempre más y más el suyo en las santas llamas de su

ardiente caridad para que consiga la conversión de esos pobres infieles, y que siga derramando sus bendiciones sobre su celo y trabajo. He recibido gran consuelo con lo que sobre esto me dice, y bendecido por ello a Dios, autor de todo bien. Continúe y no se queje de unos trabajos que serán un día tan bien recompensados. Pero nada atribuya a mis indignas oraciones; porque en verdad que, siendo tan mala religiosa como soy, son más propias para detener el curso de las misericordias de Dios que para atraerlas.

Pida a su bondad que me convierta a su santo amor en esta gran fiesta del Santísimo Sacramento de amor, que constituye todo mi contento, mi devoción y mis delicias. No debemos omitir cosa alguna que pueda redundar en su honor, procurando durante esta santa Octava reparar con nuestros homenajes y adoraciones las injurias que en él recibe, así de los infieles como de los malos cristianos. No la olvidaré en su presencia, y haré la novena que pide. Pero dirija también por mí, se lo ruego, algunas oraciones particulares, en presencia de este adorable Sacramento, pidiéndole que a mí y a todos los corazones capaces de amarle, nos conceda su santo amor, y que me enseñe a llevar bien la cruz. Es ésta un tesoro inestimable, y tan precioso que nunca me juzgo más feliz que cuando me favorece con algún sufrimiento. ¡Oh Dios mío, cuán dulce es, mi querida señora, para una buena religiosa, estar siempre enclavada en la cruz, con su Esposo crucificado!

En el amor de su Sagrado Corazón soy toda suya,

Sor Margarita María.
De la Visitación de Santa María.
D. S. B.

He escrito a esa buena señorita según su deseo. Pido a Dios que todo sea para su mayor gloria.

Carta CXXIX

A UNA RELIGIOSA (59)

Qué debe hacer una buena religiosa. Contéstala por pura obediencia.

¡Viva † Jesús!

Sólo deseo estar ciega e ignorante de todo lo que toca a las criaturas, para no acordarme más que de esta lección de que tengo tanta necesidad: que una buena religiosa debe dejarlo todo para hallar a Dios, ignorarlo todo para conocerle, olvidarlo todo para poseerle, hacerlo y sufrirlo todo para aprender a amarle.

Y le aseguro que no se necesita menor obligación que la que me impone la obediencia para obligarme a contestarla.

Carta CXXX (60)

PRIMERA DEL MANUSCRITO DE AVIÑON AL R. P. JUAN CROISET, S. J., EN LYON

Entabla con él esta correspondencia porque "El lo quiere". Ella ya no se pertenece a sí misma. Abondónese perfecta y absolutamente al Divino Corazón el día de su primera Misa. Cambio de bienes espirituales. "El Amor triunfa". Escriba acerca del Sagrado Corazón. Ardentísimo amor y profundísima humildad de la Santa. Tres deseos, como tres tiranos. Su admirable insensibilidad actual. Le envía un librito.

¡Viva † Jesús!

14 de Abril de 1689.

Mi Reverendo Padre y Hermano mío muy amado en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo: Si no fuera del agrado de Nuestro Señor, no le contestaría yo nada, a pesar

(59) «Una religiosa de fuera había escrito a Margarita elogiándola, para consultarla sobre alguna cosa que le pareció poco digna de la santidad de la profesión religiosa, y ella le contestó en estos términos» (Languet).

(60) Las diez cartas que van a continuación estuvieron muchos años inéditas y ocultas, hasta que el 25 de Ostubre de 1888 las descubrió el P. F. Víctor Vieille, S. J. en un antiguo manuscrito de una biblioteca de Aviñón. Pronto las publicó el *Mensajero del Corazón de Jesús* que aparece en Tolo-

de toda la estima que El me inspira hacia usted y a todo lo que me dice. Mas puesto que El lo quiere, según yo pienso, le diré sencillamente, y sin artificio, todo lo que El me inspira. Todo ello, si le place, en el Sagrado y amable Corazón que es quien únicamente ha hecho esta unión de bienes espirituales entre nosotros, y en el cual también yo la confirmo para siempre; tan ventajosa me es.

Quizá no le he dicho que habiendo entregado todas mis cosas al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, sin reservarme nada, no puedo hacerle participante sino de sus tesoros infinitos. Si no me engaño, cuando me dio a conocer que quería de mí, ruin esclava suya, esta donación, me prometió que podría disponer de ese divino tesoro como mío, pero siempre siguiendo su santa voluntad, la cual podría yo conocer por las repugnancias y la impotencia de hacer en aquello lo que no le agradase. Ahora bien, puedo asegurarle que no he sentido esas repugnancias respecto de usted, antes al contrario, me he sentido llena de buenas mociones, que me han hecho conocer cuánto le agrada esta unión al amor que le profesa, y al ardiente deseo que tiene de concederle profusamente las riquezas inagotables de su adorable Corazón. Y esto no sólo para usted, sino a fin de que las reparta a las almas que El pretende ganar por su medio.

Todos estos sentimientos que el ardor de este amor le hace sentir, son, a mi juicio, disposiciones para el cumplimiento de los designios que El tiene sobre usted. Yo le conjuro por ese mismo amor, que persevere en ellos con fiel correspondencia,

---

sa, de Francia. De él las tomó y publicó traducidas el *Mensajero español*, en los años 1890 y 1891. Sin embargo, la segunda se había ya publicado por aquel *Mensajero* el 1874 conforme al original mismo que se conservaba en el Monasterio de la Visitación de Bolonia en Italia.

Estas diez notabilísimas cartas fueron escritas desde el 14 de Abril de 1689 hasta el 21 de Agosto de 1690, y dirigidas todas ellas al célebre P. Juan Croiset, S. J., ventajosamente conocido por su precioso librito *La Devoción al Sagrado Corazón*, y otras obras ascéticas, y por su íntimo trato con la Santa Evangelista del Divino Corazón. Esta le escribía con el corazón en la mano. El objeto de las diez cartas no es otro que el de preparar al futuro apóstol para cumplir su gloriosa misión en orden a la propagación de la preciosísima devoción, y comprometerle a que escriba el libro que a este efecto pedía el mismo Señor —el arriba citado— y que de hecho publicó en Lyon el 1691, y ha sido, sin duda, el que más ha propagado el conocimiento y amor del Divino Corazón.

por medio de un perfecto abandono de sí mismo y de todo interés propio. No más cuidados ni recuerdos de sí mismo, para dejarle obrar en usted y por usted, según sus deseos, que El os dará a conocer en el tiempo destinado.

Mire, sin embargo, si le conviene aceptar esta unión de la manera dicha. Si desea que subsista, es preciso que haga igual donación al Sagrado Corazón de mi Jesús, el día que le ofrezca el primer Santo Sacrificio en su misterio de amor, consagrándose y entregándose enteramente a ese Divino Corazón para amarle y glorificarle y procurarle todo el amor y gloria de que El le hará capaz, sea de palabra, o por escrito, a fin de que por estos medios El le haga igualmente partícipe de sus tesoros infinitos. Por ello espero que le hará decir eternamente: «*Misericordias Domini in aeternum cantabo*».

No puedo expresarle el gozo que me ha causado con ofrecer por mí el Rosario y esa Comunión, como también con la promesa de que ofrecerá además la santa Misa una vez al mes, según mi intención. Esta intención no es otra que la del Sagrado Corazón de mi amable Jesús, el cual espero le recompensará con profusión tan grande caridad. Yo se lo he sacrificado todo para aplicarlo según sus deseos, a fin de que los que ruegan por esta miserable pecadora obtengan para sí mismos muchas gracias. Espero que El las derramará abundantemente sobre su querida alma cuando le ofrezca ese Divino Sacrificio de amor, que es el más rico presente que pudiera hacerme. El es toda mi dicha, mi placer, mi consuelo, mi alegría en este valle de lágrimas.

¡Oh, qué dichoso será en participar todos los días de ese Divino Sacramento, y en tener a ese Dios de amor en sus manos, y meterle en su corazón! Yo no envidiaría otro bien que ése, y el de consumir como un cirio encendido en su santa presencia todos los momentos de vida que me restan. Para esto me parece que aceptaría sufrir todas las penas que se pueden imaginar, aun hasta el día del juicio, a condición de no verme jamás obligada a salir de ese Corazón, sino únicamente por consumirme honrándole, y reconocer la ardiente caridad que nos muestra en ese admirable Sacramento, donde su amor le tiene cautivo hasta la consumación de los siglos. Allí es verdadera-

mente donde se puede decir: «El amor triunfa, el amor goza, el amor en Dios se regocija».

Y al fin de que yo lo haga al mismo tiempo, dígame el día en que, siguiendo las inspiraciones divinas, piensa ofrecerlo por mí, lo mismo que el de la Comunión prometida, para que con permiso de la obediencia comulgue yo por usted aquel día. Todos los jueves rezaré por su intención las Letanías del Sagrado Corazón.

Casi desde el día en que tuve la dicha de entrar en la santa religión, la obediencia me ha permitido velar una hora de la noche del jueves al viernes con mi Jesús. Entonces me postro en tierra en memoria de aquella hora en que el Salvador se quejaba, diciendo que sus discípulos no habían podido velar con El.

Yo lo haré una vez cada mes por usted o al menos haré lo que la obediencia me permita a cambio de esto, cuando ella juzgue conveniente cambiarme esta obra en alguna otra más penosa. ¡Cuán obligada le quedo por la caridad que me hace y que promete hacerme! Por todo ello le doy las gracias en nombre del Sagrado Corazón de mi Soberano, a quien todo pertenece; El se encargará de recompensarle.

Si supiera el ardiente deseo que me oprime de que sea conocido, amado y glorificado, no me rehusaría el emplearse en esto. Si no me engaño, El lo quiere de usted; y cuando le conceda tiempo y afición, dedicará sus escritos a tan digno objeto, tobre todo algunas meditaciones para algún retiro de diez o doce días, según El le inspire.

Yo le confieso que este deseo de hacer que sea conocido y amado, me obligaría a entregarme de buena gana a todos los tormentos más crueles, aun a los del infierno, a excepción de odiarle. Si yo pudiera hacerle reinar en las almas, y establecer el imperio de su amor en todos los corazones, ¡cuán dichosa me juzgaría!; pero ¡ay! qué dolor para mí, que aun en esto mismo no le sirvo más que de obstáculo. Pues si yo pudiera expresarle cuán malvada, ingrata e infiel soy a su amor, no tendría nunca valor para consentir en esta unión de bienes espirituales, por medio de la cual espero obtener misericordia. Viéndome tan pobre y miserable, no creo haber hecho acción alguna que no merezca castigo más bien que recompensa.